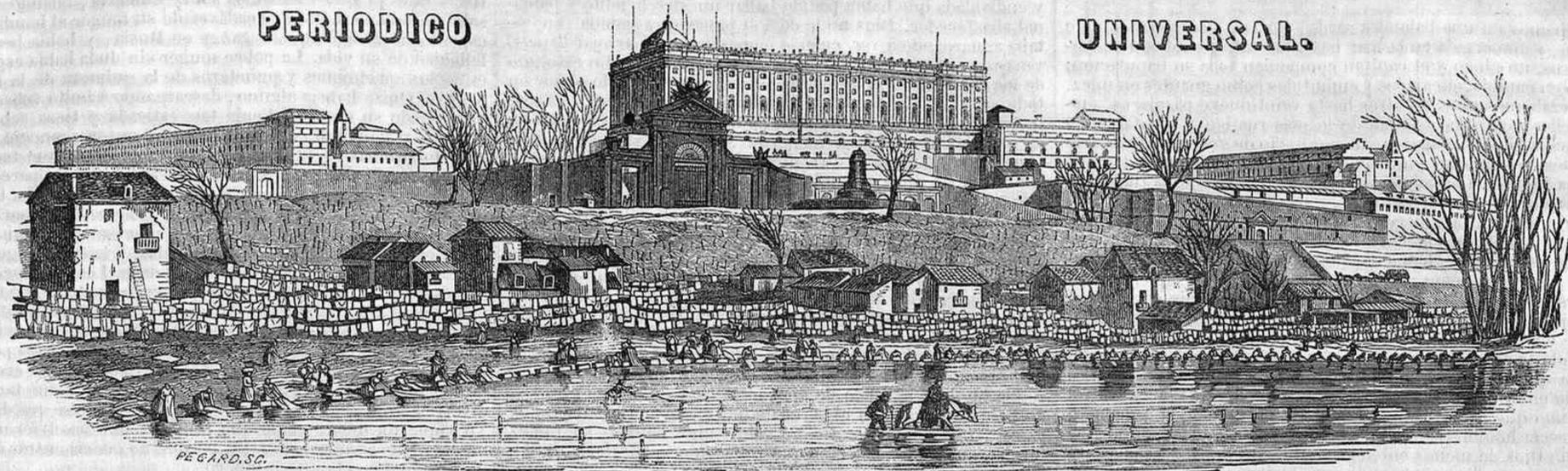


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 22.—SÁBADO 29 DE MAYO DE 1852.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 3 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: AÑO 80.

EXPOSICION DE LONDRES.

AUSTRIA.

Los primeros productos de este país que llamaban la atención en el Palacio de Cristal, eran sus porcelanas y sus cristales. Esta introducción no dejaba de ser hábil: la impresión producida por obras maestras, colocadas en las entradas de las galerías, prevenía desde luego en favor del resto.

Los magníficos cristales de la fábrica de Nonwel, en Bohemia, propia del conde de Harrach, figuraban enfrente de los no menos preciosos de Meisterdoff y de Pelikan. Las hermosas porcelanas de la fábrica real de Viena y las de Altröhlán, contrastaban por sus lividas tintas con los colores menos brillantes, pero sí tan agradables, de los cristales, entre los cuales se veían mezcladas, presentando una combinación armoniosa de blanco, verde, encarnado y azul.

Una galería entera estaba dedicada a estos admirables productos: servicios para té y para café, platos y fuentes para frutas, estatuas pequeñas, flores, festones, y aun caprichosos adornos de porcelana, imitando bordados esquisitos, figuraban en ella amontonados en vistoso desorden. La cristalería ostentaba formas sumamente bizarras y elegantes.

La segunda galería del sur, del Austria, contenía terciopelos y damascos, procedentes de la fábrica de MM. Hass é hijo, de Viena, así como hermosísimas telas labradas para chalecos y pantalones.

En la tercera se encontraban estampados de lana de grandes ramajes y tejidos de lo mismo, pintados y lustrados, de Bohemia. Las dos galerías remataban en un salón, que servía de almacén general para diversas clases de tejidos.

Las lanas volvían a aparecer en él bajo nuevas formas, variadas hasta un punto increíble, ya en tejidos puros y exentos de toda mezcla, trabajados en Viena, para vestidos y cha-

les, ya unidos a la seda y al algodón: combinaciones perfectamente entendidas, en que los fabricantes austriacos sobresalen por su gusto tan fecundo como ingenioso.

Viena espuso bellísimas telas de capricho; y Reichenberg, en Bohemia, pañuelos y toquillas de circasiana, así como telas ligeras para vestidos, y cuya hermosura sobrepaja á todo cuanto se ha visto en Londres en este género.

Aussig se distingue por sus pelos de cabra, sus viatormas, sus tejidos de lana y algodón, y los que ha presentado de pura lana.

M. Joseph Ries, de Viena, ha sabido robar á la Francia los magníficos dibujos de sus chales de cachemiras; plagio muy común en Austria, y que causa grandes perjuicios á los fabricantes de las demás naciones. Las cachemiras de Viena son de poca consistencia, y por lo tanto bastante inferiores á las francesas; pero se espendeden á un precio tan sumamente módico, que tan extraordinaria baratura hace disimular sus imperfecciones.

También han llamado la atención los numerosos productos espuestos por MM. Leitenberg, de Cosmanos, cerca de Praga. Estos señores, que ocupan un lugar muy distinguido en la industria austriaca, remitieron telas de algodón estampadas, cuyos dibujos, variados hasta el extremo, están ejecutados con notable acierto, y compiten con los de las fábricas francesas. Esto no obstante, debe tenerse en cuenta que en Austria, lo mismo que en Prusia, la industria algodonera necesita hacer todavía grandes progresos para elevarse á la altura en que allí se halla la industria lanera.

La cuarta galería austriaca ofrecía productos que nada tenían de austriacos: estaba dedicada á la escultura, es decir, á la escultura milanesa. Los conquistadores de la Lombardia han impreso sus nombres en obras que no son suyas: triste y culpable usurpación, severamente juzgada por los artistas europeos. Debieron al menos dejar al talento su nacionalidad,

y escribir el nombre de Milan al frente de las obras maestras de sus hijos.

En lo que los escultores milaneses no encuentran rivales, es en la ejecución de las estatuas de mugeres veladas. Combinando ingeniosamente los efectos de sombra y de luz, el cincel delicado sabe dar á la piedra los pliegues, la finura, la delicadeza y la apariencia exacta de la gasa. La ilusión es completa y el efecto admirable. Es preciso tocar con el dedo, por decirlo así, esas maravillosas estatuas, para convencerse de que son enteramente de piedra.

Llegamos á los paños austriacos.

Los de Teitsch, en Moravia, son de una finura admirable, y pueden sostener la competencia con los de Aix-la-Chapelle y los de Sedan.

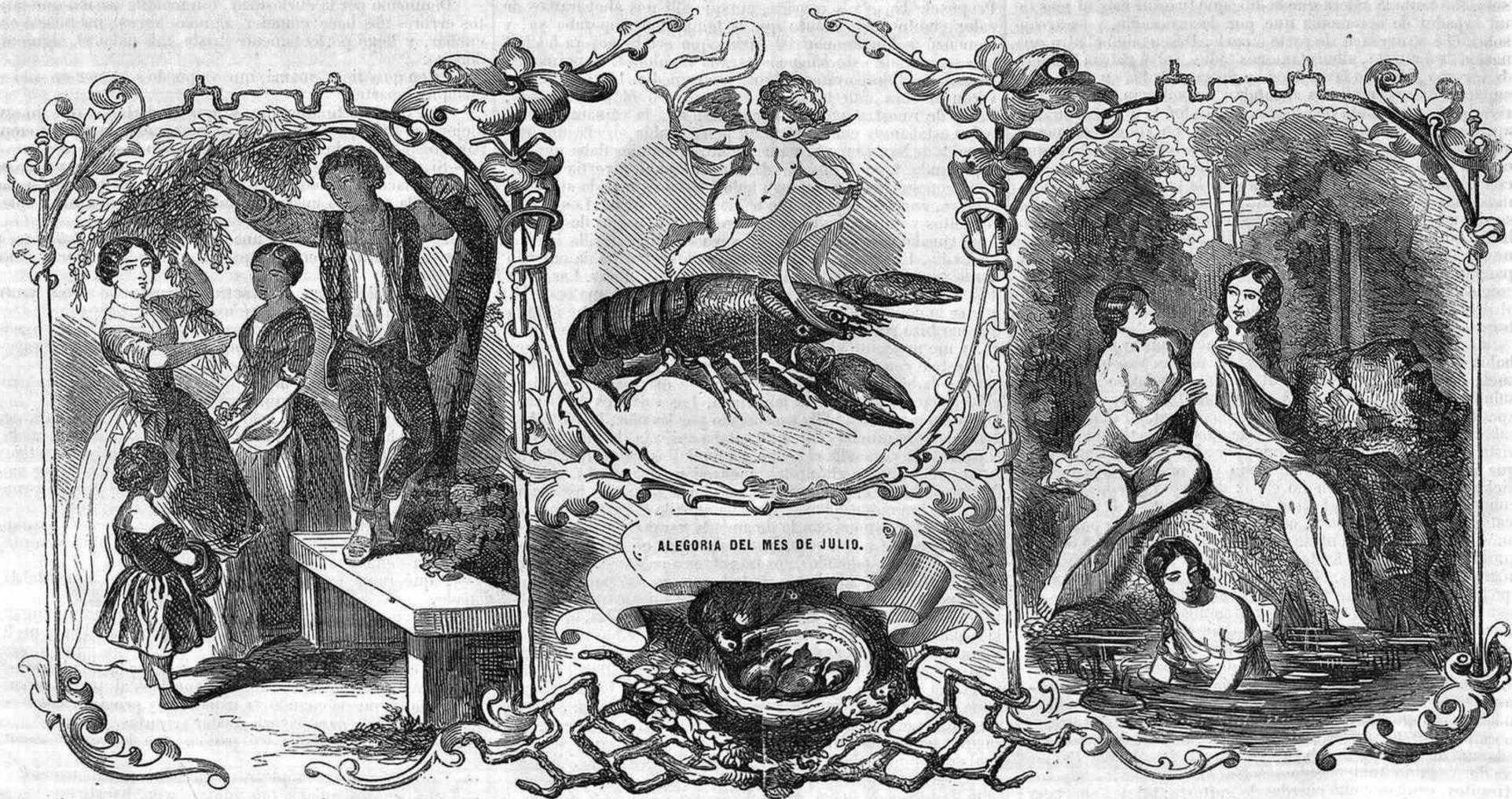
MM. Moro hermanos, de Klagenfurth, han espuesto paños blancos, azules, encarnados, verdes, castaños y anaranjados sumamente hermosos, con destino á uniformes militares.

Los de Brünn son de calidad superior. Los mejores de todos pertenecen á las clases llamadas peruvianas, brasileñas, americanas, y otras especies finísimas.

Entre todas las industrias de tejidos, la pañería es la que en Austria ha llegado á la mayor perfección.

Este país envió también riquísimos tapices de pelo largo; trajes húngaros, tan pintorescos como originales; mantas de cama muy elegantes, y telas de lino mezcladas y estampadas, perfectísimamente tejidas, y propias del conde Harrach, á quien hemos citado por su fábrica de cristales. En Staskenbach de Bohemia y en Janowitz de Moravia están situadas las grandes fábricas de lino de este noble austriaco, quien, como otros muchos miembros influyentes de la alta aristocracia de su nación, ocupa en ella una posición industrial acreditada.

Pest por último remitió muestras preparadas de pelos de cabra y de patencures, y el establecimiento de beneficencia de Milan, llamado *Casa pia*, muchas piezas de lino.



ALEGORIA DEL MES DE JULIO.

DE GIBRALTAR A LISBOA.

VIAJE HISTORICO.

Ibamos en una balandra sarda, cargada escesivamente de trigo, y sumergida en la mar hasta los entrepuentes. Dos marineros, un chico y el capitán componían toda su tripulación; pero en cambio, encajados y embutidos como guantes en nuez, tropezábamos unos en otros hasta veintinueve pasajeros, entre ellos veintuno catalán de lo más rústico y montaraz del Principado, tres mugeres, un comisario de guerra, atrabillario y colérico como un puerco espín, y mas puntiagudo que una aguja inglesa. Componíamos el resto dos pasajeros tímidos y de humor pacífico y tranquilo, que no podían haber elegido peor compañía para su genio: mi compañero, hombre de pocas penas y aventurero atrevido, y yo que, llevado de mis instintos de ver mundo, había dejado mi casa sin dar cuenta a nadie, y contaba apenas diez y siete años. Una de aquellas mugeres no he podido averiguar nunca de qué país era, solo sí que juraba y maldecía con unción satánica y maestría inimitable en todas las lenguas del mundo. Era una torre de Babel cuando se entretenía en blasfemar, que fué toda la navegación hasta que murió, y llevaba en esto ventaja á los catalanes. Venía enferma, y parecía al espíritu maligno. Estaba casada con uno que había hecho la campaña de Rusia con Napoleón, y parecía hombre cachazudo y de empeño. Pocos hombres ha criado Dios de menos entendimiento. Sin duda en sus viajes encontró en ella la muger de sus ilusiones, y contrajo aquel enlace para sosegar su corazón enamorado. La verdad es que había encontrado su media nuez, como suele decirse. Las otras dos mugeres, si pertenecían al bello sexo, era mas por el sexo que por lo bello.

No he sabido nunca quién ajustó el pasaje, ni cómo nos encontramos reunidos en tan corto espacio de tablas tantos hermanos y tan benditos de Dios. Dijéronme que uno se había encargado de todo, con la bondad de un padre; que Dios le dé á él tan buenos hijos como allí íbamos, en pago de su buen deseo. Asimismo aquel hombre bondadoso se había encargado de la provision de víveres para nuestro sustento durante la travesía, porque el patron solo se encargó de trasportarnos como á maletas. Nada hay mas santo que la pobreza, y no creo que los lectores no hayan adivinado ya que los que allí íbamos de todo teníamos menos dinero. Yo creo que era el mas rico, y bien sabe Dios que no me sobraba nada. Pero siempre me he picado de teson: había emprendido la carrera de emigrado y viajero sin consultar á nadie, y las ilusiones suplan por las cantidades. Loado sea Dios que con tantas ilusiones me echó al mundo, no tanto para mi provecho como para diversion suya, que se ha entretenido en írmelas quebrando una por una.

El hombre es animal sociable, y nada hay mas grato ni gustoso que una sociedad escogida. De esto sí que no podíamos quejarnos; buscados uno á uno de los que allí íbamos con una cerillita, no se podía haber compuesto sociedad mas amable. Verdad es que casi ninguno nos conocíamos antes; pero ¿qué importa eso para amarse cuando hay simpatías? Lo mismo fué vernos allí, puesto ya el buque en franquía, empujándonos (tan anchamente íbamos) sobre cubierta, cuando se apoderó de todos nosotros la mas encantadora desesperacion, y desplegamos el genio mas indulgente y suave que puede imaginarse, el de mas imaginacion. No parecía sino que el mismo demonio nos había engendrado en uno de sus mas infernales arrebatos. Miráramonos todos como si nos fuéramos á devorar, y hasta los viajeros pacíficos parecía que les picaban con alfileres de á ochavo. El primero que armó pendencia fué el colérico comisario, sobre sí había lugar ó no bastante para estar de pié; y habiéndole respondido uno de los catalanes que podía haber tomado un navío de tres puentes para él solo, fué tanta la cólera que le dió, que tiró sin mas ni mas de un espadín de ceremonia que por decoro ceñía, y me arrojó sobre él á atravesarle de parte á parte. Desvainó el otro una navaja de á cuarta, alborotámonos todos, izó el patron bandera de socorro pidiendo favor á los buques que había en el puerto, sujetamos como pudimos al catalán y comisario, que ni aun reír podían por falta de espacio, y esta fué la primera jarana, apenas habíamos puesto pié en el buque. Yo, como tenía pocos años y ninguna experiencia, no cesaba de bendecir á Dios, que en tan buen camino de aprender me había puesto. Seguimos con el mismo amor, y aquella noche la pasamos como pudimos unos sobre otros, hasta el día siguiente que la balandra se dió á la vela. Allí fué ella: todos nos mareamos, y como había tantas comodidades era aquello una delicia. Los catalanes culpaban al patron de que hacia vela en rumbo á España para que nos fusilara Fernando VII, y querían matarle; el comisario no podía sufrir que en lo mas mínimo se le faltase al decoro, y mascaba cóleras y reñía á cada paso. Pero lo bueno fué cuando llegó la hora de comer.

Consistían las provisiones que aquel hombre providencial había comprado para la travesía, en un bacalao que, como suela de zapato, se resistía al diente, y sobroso como una salmuera; en unos sacos de unas guindillas para avivar el apetito, que parecían carbonos hechos ascua, en el color y el sabor, y en unas largas ristras de ajos, que así alegraban la vista como contentaban el ánimo, por si faltaban estimulantes que añadir al arroz, que mezclado y compuesto con todo lo dicho, componía un rancho capaz de irritar y convertir en condenado al santo mas sano y honrado de toda la corte celestial. Figúrese el lector, comida semejante cómo pondría á unos hombres que al entrar en aquel malhadado barco habían quedado solo con el bastante amor para no despedazarse á unaradas unos á otros. Sobre todo considérese la ira que se apoderaría del comisario, que aun antes de probar bocado no podía aguantarse á sí mismo. Dividímonos todos en diferentes rancherías, y con cucharas de palo dimos principio, puestos en torno de las cazuelas, á abrasarnos vivos. A cada bocado era de ver el prodigioso trastorno que se operaba en las fisonomías. Las mejillas se ponían rubicundas, los ojos se encandilaban y enfurecían, los labios se hinchaban y encendían, sudábamos copiosísimamente, y abríamos carleando las bocas, buscando aire que refrescase el paladar. Pues interiormente... cada uno de nosotros llevaba un volcan en el estómago. Comer lava del Vesubio hubiera sido mas fresco. Los nervios, rígidos y tirantes, crujían como cuerdas de guitarra; tal nos apretaba

todas las clavijas de nuestra máquina la untura de picante y salmuera con que nos regalábamos. Llegó la hora de beber, y si sana y suave era la comida, la bebida no le iba en zaga. Destapáronse unos frascos de Ginebra, la mas torcida, áspera y endiablada que había podido hallar nuestro bendito y paternal abastecedor. Dios no le dé á él jamás otra bebida. Yo estaba aguardando á ver cuándo empezáramos á arrojar llamas, y mas de una vez temí la combustion espontánea. En esto uno de los catalanes dijo que no había comido ni bebido mejor en toda su vida. Respondió el comisario con la lengua trabada, jadeando de calor, la boca hecha ascua, y los ojos fuera ya de sus órbitas, que era menester ser un bestia para decir aquello. Contestóle el otro diciéndole que él le parecía muy delicadito. Repuso el comisario, y todo esto con mucha furia, que no era nadie capaz de resistir mas que él, y que en caso necesario comería pedernales. Respondió el otro, mezclámonos todos en la conversacion, y concluimos por tirarnos las cazuelas, y aborrecernos mas si era posible. Yo me fui luego á una cuba y me harté de agua, y ni aun así podía respirar sin quemarme las encias. La muger cosmopolita, dulce mitad del veterano de Rusia, ya estaba enferma: la comida la produjo una inflamacion horrible de vientre. Dijeron todos que aquello no sería nada. A mi compañero se le ocurrió que algunas captasmas de harina de linaza la convendrían; pero como no se las hubiese aplicado de ajos molidos y guindillas picadas, no había otra cosa en el barco de qué componerlas. Bajáronla al camarote, donde se tendió sobre unos baules. La infeliz juraba, que no parecía sino que se las quería apostar con Santán en persona. Yo, que tenía entonces muchas mas ilusiones por las mugeres que tengo ahora, me convencí con aquello de que el amor y la ternura son dotes naturales del bello sexo. Así pasamos aquel día y el estrecho de Gibraltar. Al anoecer vuelta al rancho y vuelta á convertirnos en fraguas. Teníamos hambre, y temíamos la hora de comer. No sabíamos cómo hacer para distraernos. Al día siguiente vientos contrarios, y caminábamos bordeando. Pero al tercero fué lo bueno.

Había entrado la noche dos horas antes á lo menos de lo que debiera; tan cubierto y asombrado de nubes estaba el cielo, y no se veían los dedos de la mano. Las olas de la mar rugían calenturientas, como si hubiesen probado de lo que comíamos. De cuando en cuando nos deslumbraba un relámpago, que semejaba á los ojos de Lucifer, que se asomaba á las nubes. El barco iba tan cargado, que navegaba casi debajo del agua. El patron parecía cuidadoso, y yo casi deseaba que nos anegáramos por no volver á comer mas picante. Temblaban los palos de la balandra temerosos de la tempestad. Mandó el patron recoger rizos, y oíase un ruido lejano, como el de una populosa ciudad amotinada. Cualquiera otro que no hubiéramos sido nosotros, hubiera sentido temor, solos en una avellana en medio del Océano, próximos á estrellarnos contra las rocas de San Vicente, y amenazando un temporal espantoso. El comisario y yo aquella noche no sabíamos dónde hacer la rueda, como dicen vulgarmente. Parecióle al buen hombre, y me lo comunicó con afecto, porque á pesar de sus iras tenía buen fondo, que no había mejor sitio ni mas á propósito para descansar que la popa, mientras los otros se habían recogido en la cámara unos sobre otros, como podían, porque en la bodega no cabía mas que el trigo de que iba llena. Seguí su consejo, porque además de ser hombre de mas experiencia que yo, no me atreví á contestarle de miedo de que se irritara. Poco tiempo permanecimos allí, y no manifestó mucho tino en la eleccion de sitio. Un maldito palo cruzaba por cima de nuestras cabezas, aferrado en lona, con tanto ímpetu, que recogidos y en cuclillas como allí estábamos, teníamos que bajar las cabezas cada vez que bramando pasaba sobre nosotros. A cada paso teníamos que agachar para que no nos desbaratara los cráneos con su empuje. Nos entró tal sofocacion y angustia con el continuo movimiento, que ni respirar podíamos. Por último, tuvimos que irnos de allí, y no sabíamos adónde. Propúsele bajar á la cámara, aunque allí nos ahogáramos de calor, tanto mas, cuanto que la tempestad empezaba ya, y comenzó á diluviar con tal furia, que estábamos ya hechos una sopa, y allí estorbábamos para la maniobra. Si permanecemos mas tiempo vamos al mar sin remedio. Las olas se llevaron la obra muerta, y el viento quebró el maldito palo, causa de nuestra agonía. Recogímonos á la cámara, donde todos estábamos como almas en pena. Había en ella una estampita de San Genaro, y un farolito á sus piés daba una luz moribunda. La enferma, tirada sobre un baul, divertía sus dolores con sus blasfemias; á su lado estaba su marido sin decir palabra, con una cara que no había mas que pedir. Los demás revueltos y enredados unos en otros como los ajos de las ristras. Quedámonos el comisario y yo en la escalerilla hechos un ovillo. Uno de los viajeros tranquilos, que había entrado gordo y estaba ya acartonado, no hacia sino vomitar. Las otras dos mugeres seguían su ejemplo. No sé qué se me ocurrió, que se lo comunicé á mi compañero, y respondiome él algo que me hizo reír. Parecióle esto mal al esposo de la moribunda, y me preguntó si yo creía que aquella era hora de reírse. Contestele con insolencia me dijese á qué hora le parecía á él que me había yo de reír, con lo que, sin mas ni mas, se dirigió á pegarme con el puño levantado. Los vaivenes del barco, que parecía un zarandillo arrebatado por las olas, la estrechez del sitio, y la mucha gente que estaba apiñada, le hizo perder el equilibrio y sacudir el golpe á uno de los catalanes. Encolerizose este, y sacudió á otro, y enredámonos todos á golpes. Rompióse el farol, y se apagó la luz. No se oían sino maldiciones y los bramidos del mar. Parecía aquello el castillo encantado de la zarabanda, con lo de ande la zarabanda y repiquen las campanas. En fin, sosegámonos porque no había otro remedio, y fuimos saliendo unos tras otros á cubierta. Amanecía ya, y había amainado la tempestad, que no fué poca fortuna que durase tan pocas horas. Sacáramos unas caras que nos miráramos con horror. En esto el sol salía de las olas, brillante de esplendor y belleza; la brisa fresca y apacible rizaba las olas mansamente, aunque algo alteradas de la pasada borrasca, y las nubes que quedaban acá y allá se tenían de color de grana. La balandra bogaba lentamente como una boya en medio de aquella sábana inmensa de agua. Respiráramos nosotros con codicia el aire suavísimo de la madrugada. A mí me pareció que habíamos salido del caos. Los sucesos de la noche pasaban por mi cabeza como desvarios de una fiebre. Yo no cesaba de contemplar el sol, que poco á poco subía sobre un trono de nubes de fuego, esparciendo luz y alegría al mundo.

Las olas, reflejando sus rayos, parecían de oro. No me acuerdo en toda mi vida de mañana mas hermosa. Si no hubiera temido su mofa, en mi arrebatado hubiera corrido á abrazar á mis compañeros. Fué el único momento del viaje en que no los oí. Hacia rato ya que estábamos sobre cubierta, cuando vimos salir de la cámara, con el cadáver de su muger al hombro, al esposo que atrapó aquella ganga en Rusia, y había hecho la felicidad de su vida. La pobre muger sin duda había espirado entre los apretujones y puñetazos de la quimera de la noche pasada. Quizá habría alguno, descargando á bulto sobre ella, precipitado su muerte. Venía tan estirada y tiesa sobre su marido, y tenía tan contraída la boca, que se conocía había muerto profiriendo alguna de aquellas lindezas que tanto la habían agraciado en su vida. La cara del marido parecía de acero, con cierta mezcla de cólera y resignacion. La traía á cuestras, y no nos miró á ninguno; y llegando al borde del buque, la cogió en brazos, la miró un momento, le asomó apenas una lágrima que parecía no mojaba, y la tiró al agua diciendo *al avio*, y arrojole redondo y seco. Las olas escondieron el cuerpo, volvió el marido tranquilamente la espalda al mar, y seguimos nuestra navegacion con la misma indiferencia que iba el buque cortando las olas. Yo no sé si envidié la suerte de aquella muger cuando de allí á poco tiempo nos pusimos á comer. En fin, llegamos á Lisboa, que yo creí que no llegáramos nunca. Hicimos cuarentena, que fué tambien divertida; visitonos la sanidad y nos pidieron no sé qué dinero. Yo saqué un duro, único que tenía, y me devolvieron dos pesetas, que arrojé al rio Tago, porque no quería entrar en tan gran capital con tan poco dinero.

JOSÉ DE ESPRONCEDA.

SALUDABLES MAXIMAS

QUE EN EL SIGLO ILUSTRADO

INCULCAN LAS MADRES EN EL ANIMO DE SUS HIJOS.

Cansado de pasear la tarde del último domingo, y mucho mas de ver tanto *fashionable* tonto, que calándose las *indispensables* gafas se detenían para mirar mas á su placer las hermosas que se hallaban en el Prado, obstruyendo de esta manera el paso; tomé el partido de sentarme en una silla, pensando al mismo tiempo que así como se destinan municipales para que los carruajes no alteren el órden del paseo en el sitio que tienen señalado, no sería malo que con el mismo objeto se colocasen tambien en el que la gente pasea á pié, y donde las pisadas premeditadas, los apretones de manos, los traslados de billetes amorosos, y otras cosas que por respeto al bello sexo no quiero decir, son consecuencia precisa de la confusion y desórden con que se dan las vueltas en aquel paseo-noria.

Registrados detenidamente mis bolsillos para cerciorarme que en ellos se encerraban los dos cuartos con que se recompensa á los contratistas el *placer* que nos proporcionan mientras permanecemos en sus sillas, con las continuas picadas de ciertos *bichitos* ocultos entre la espadana, me dirigí lleno de confianza á una que acababa de abandonar un semigigante, y que á juzgar por lo grande de sus piés y lo colorado de sus mejillas, debía pertenecer á esa raza que llamamos alemana.

Tomada posesion de mi asiento esqueleto, y acomodado en él con la satisfaccion que lo hace en su butaca un jugador de Bolsa, que próximo á declararse en quiebra ha restablecido su fortuna por medio de una *combinacion bien hecha*, empezaba ya á entregarme á mis ideas, cuando fuí distraido por la conversacion que una señora sentada á mi lado, sostenia con un niño de diez á doce años, que en la inmediata silla se hallaba colocado.

Dominado por la curiosidad, esa maldita pasion que tantos errores nos hace cometer algunas veces, me puse á escuchar, y llegó perfectamente hasta mis oídos el siguiente diálogo:

—¿Con que dices, mamá, que ya puedo sostener un solo en cualquier parte?

—No, hijo, no te digo eso; lo que he dicho es que juegas mejor que tu papá y que B. Todavía necesitas algun tiempo para jugar con todos los que se reunen en casa.

—Sí, particularmente con P.: caramba, es que yo no sé cómo lo hace; cuidado que algunas veces no tiene mas que una malilla y tres ó cuatro triunfos, y zas, saca unos solos que da gusto.

—Es que P. ha recibido una educacion *muy brillante*, y desde que era mas pequeño que tú manejaba perfectamente las cartas.

—Sí, eso debe ser, la práctica; cuando yo tenga tanto tiempo como él tambien jugaré mucho.

—No, tonto, ahora ya lo haces bien; solamente que cuando juegas solo no sabes dar la salida, y cuando vas de compañero, no apoyas al tuyo como se debe.

—Ay! esplicame algo, mamá: dame algunas lecciones para ver si esta noche gano algunos reales á papá y á B.

—Mira, cuando juegas solo, se sale por triunfo para ver quién tiene los que á tí te faltan; si los tiene uno solo, malo, tienes que jugar con mucho cuidado; pero si están repartidos entre los dos contrarios, entonces bueno, se los quitas saliendo siempre por el mayor, y con una malilla ó un rey que aproveches, ya tienes seguro el juego.

—Sí, como anoche; ¿te acuerdas? ya llevaba casi perdido aquel solo de bastos, pero tenia reservada la malilla de oros, y con ella saqué á papá el as, y á B. el caballo.

—Y qué rabia les dió, porque aquel juego le contaban ganado.

—El caso es que B. perdió el caballo por no saber jugar, porque si le hubiera cargado cuando papá echó el rey, no le hubiera cogido yo luego.

—Di, y cuando se va de compañero, ¿qué se ha de observar?

—Es muy sencillo: dar salidas favorables al tuyo; cargar todo lo que se pueda cuando va ganando, y procurar coger el fallo del contrario para hacerle gastar triunfos.

—Caramba, esta noche me parece que les voy á ganar mucho.

—¿Y en qué piensas emplear tus ganancias, bribonzuelo?

—Toma, en obsequiar á mis amigos y en divertirme.

—¿Y de qué manera haces tus diversiones?
—Mira, primero convidó á mis amigos á una comida en la fonda de *Perona* ó la de *San Luis*; durante los platos bebemos de los ricos vinos que produce la Andalucía, y despues vaciamos unas cuantas botellas de Champaña. Mañana beberemos una botella mas, brindando por las lecciones de solo que me das, y por el pobre papá y B, que serán los paganos de la fiesta.

—Eso es poco menos que una orgía. ¿Y con el Champaña no mezclais nada?

—No sé lo que quieres decir, mamá.
—Anda, tunante, que bien lo sabes: ¿y la petaca que te he visto el otro día en el bolsillo del frac?

—Ah! sí; pero no me riñas ni se lo digas á papá. Mira, fumamos un habano despues de comer, al mismo tiempo que saboreamos el hermoso vino francés.

—No, no, yo no te riño; al contrario, me gusta que los hombres empiecen desde niños á dar muestras de las cualidades propias de su sexo.

—Del mismo parecer es la mamá de Andresito: dice que para que la educacion de un niño sea completa, es necesario que á los diez años sepa bailar, jugar el florete, manejar un caballo, recorrer el teclado de un piano, sostener una partida de banca, hacer un pié en el tresillo; y lo que recomienda mas eficazmente es no alternar con los pobres.

—Ah! no, eso de ningun modo: los pobres! no hay gente peor que los pobres. Envidiosos de nosotros porque tenemos con qué gozar de los placeres y dar buena instruccion á nuestros hijos, continuamente nos estan insultando y maldiciendo, como si tuviéramos la culpa de haber nacido en otra esfera mas elevada que ellos. De ninguna manera te hagas nunca amigo de un pobre, si no quieres perder mi cariño.

—No, mamá, yo seguiré en todo tus consejos; ya sabes que te quiero mucho y que deseo complacerte.

—Bueno, me gusta que los niños sean obedientes á sus papás. Mira, vámonos, que hoy, como es domingo, está esto lleno de gente que debia estar paseando en la *Virgen del Puerto* ó en *Chamberí*, y no venir á mezclarse con las personas finas, para quienes debe ser exclusivamente este paseo.

—Tienes razon, mamá; aquí no deberia pasear mas que la gente rica y elegante como nosotros.

—Vamos á buscar á Perico para que arrime la carretela.

Dicho esto se levantó la cariñosa madre, y tomando á su obediente hijo por la mano, desaparecieron de mi vista, confundiendo entre la multitud.

Aun me parecia estar escuchando aquellas palabras, «nunca te hagas amigo de un pobre, si no quieres perder mi cariño», cuando las abandonadas sillas fueron ocupadas por dos miembros del sexo femenino. Ambas jóvenes, el peor fisonomista hubiera conocido sin embargo que una era hija de la otra; pero el ojo perspicaz del inteligente, al examinar la grande semejanza de sus hermosos rostros, hubiera tambien adivinado que cuanta era esta en las formas exteriores, tanta desproporcion habia en las bellezas del alma. Un rostro fresco, color rosa quebrado; una boca diminuta en la que asomaban dos hilos de blancas perlas, y unos ojos negros en los que brillaba una mirada dulce y apasionada, ponian de manifiesto el caudal de gracias y virtudes con que la Divinidad habia adornado el alma de la mas joven, sin duda para darnos una idea de la pureza y hermosura con que los serafines se engalanan en el cielo. Cubierta por el contrario la frente de la mayor, ó sea la mamá, por una especie de sombra oscura que contribuia á dar un aspecto de fiereza á sus ojos grandes y negros tambien, de los que se destacaba una mirada altanera y atrevida hasta la impudencia; unas mejillas en las que se trazaban algunas ligeras arrugas, cuando una sonrisa sarcástica contraia sus labios, y aun mas que todo el orgullo y altivez con que pronunciaba todas sus expresiones, demostraban evidentemente el interior mezquino é innoble de aquella muger, que acaso naciera para ser colocada en otro muy distinto peldano de los que componen la grande escala social.

Presagiando que las palabras que median entre aquellas dos personas habian de tener algo de curioso é interesante para comunicarlo á mis lectores, me decidí á seguir ejerciendo el feo papel de *escucha*. En obsequio de la verdad debo decir que desempeñé perfectamente mi comision, pues no perdí una sola palabra de la conversacion siguiente.

—Vamos, ya te he dicho que no hay que pensar mas en eso. No sé cuándo has de tener juicio para conocer lo que mas te conviene.

—Por lo mismo que tengo juicio, y que no soy como la mayor parte de las jóvenes del día, es por lo que conozco que me conviene mucho mas este partido que el que tú me propones.

—Tontería y romanticismo, nada mas.

—No mamá, no; yo no encuentro nada de romanticismo. Al contrario, ¿puede ni debe haber cosa mas natural que la union de pobres con ricos? Si así sucediese serian muchas las desgracias que se evitarian, y el mundo se veria convertido en un verdadero paraíso.

—Sí, y el señorito ese, porque tiene una buena figura y ha logrado inspirarte esa pasion tonta que no verás satisfecha, vendria con sus manos lavadas á introducirse en nuestra opulenta familia, y á recrearse con la exorbitante suma que como única heredera te pertenece. No se verá él en ese espejo, yo se lo aseguro.

—Porque no tiene un título de conde ni de marqués. Porque no tiene una renta de 6 ú 8,000 duros con que tapar la boca de los que trataran de echarle en cara los vicios que generalmente son propios en los hombres de la alta sociedad. Ah, mamá! cuánto mas vale ese joven con su pobreza que el conde de R. con su título y riquezas!

—Justamente, la comparacion no puede ser mas exacta. Un joven sin nombre y sin fortuna, oficial sétimo ú octavo de un ministerio, cuyo destino le quitarán tan pronto como quiten el ministro que lo ha colocado, y que se verá obligado á ganar de comer poniéndose de memorialista en un portal, ó de hortera en una casa de comercio, con el elegante, el rico, el suntuoso conde de R., el hombre mimado por la fortuna y por todas las jóvenes aristócratas, el hombre instruido que ha recorrido todas las naciones de Europa y la mayor parte de las de América, el hombre...

—Que para sostener esa opulencia fastuosa que tanto te deslumbra, despues de malversar su patrimonio y el de un

pariente que le fuera confiado, ha recurrido al juego, donde ha aprendido el arte de inculcar la fortuna á su favor. El hombre que por este mismo delito ha sido espulsado de todas las reuniones donde se dignaron darle entrada cuando aun no le conocian. El hombre que despues de causar la desgracia de algunos amantes interponiéndose entre su cariño, arrebató sucesivamente tres jóvenes de los brazos paternos, abandonándolas vilmente despues de haberlas seducido. Este es el hombre que me atrevo, no á comparar, porque entre la virtud y el crimen no cabe comparacion, sino á posponer, á juzgar indigno de mirar frente á frente al oficial sétimo ú octavo de un ministerio. Lo he dicho, mamá, antes permaneceré soltera toda mi vida, que casarme con el conde á quien aborrezco.

—Ya se pasará ese frenesí que ahora te ciega, y cuando en completa calma veas la imposibilidad de unirse con ese... á quien amas, conocerás la grande diferencia que existe entre uno y otro enlace.

—Tienes razon, diferencia muy marcada. Con el conde el sufrimiento, la vergüenza y el desprecio, al paso que con el pobre empleado, nuestra vida formaria una serie no interrumpida de goces y felicidades.

—Sí, y para que nada faltase al cuadro, darias la última pincelada yendoos á vivir á una cabaña, donde vistiendo el traje de pastores, no os ocuparais mas que de vuestro amor, arrullandoos como dos tortolitas. Vaya, que tiene todos los rasgos y coloridos de una novela francesa.

—Mamá, algunas veces me haces creer que hablas contrario de lo que sientes. ¿Por qué atormentarme con ese sarcasmo que no es natural en tí?

—¿Y por qué querer tú contrariar las buenas intenciones de tu madre? Pues qué, si te se ha dado la educacion tan brillante que tienes ¿es para entregar tu mano al primer aventurero que se presente? Qué se diria en los altos círculos! La hija única del rico capitalista... casada con un pelafustan cualquiera.

—No, mamá, no es un pelafustan. Hijo de una familia noble y honrada, los sucesos de la pasada guerra le han reducido á la estrechez; pero en cambio la naturaleza le ha prodigado todos sus dones, pues á un bello exterior reúne una alma de una sensibilidad exquisita, y un pecho donde se albergan sentimientos grandes y generosos.

—Sí, pero, hija mia, hoy no se mira nada de eso. Nadie se quita el sombrero para saludar al sabio ni al virtuoso, cuando estas dotes no están unidas á la riqueza; al paso que todo el mundo se apresura por contemplar, por satisfacer hasta el mas pequeño capricho del que tiene un caudal inmenso, aunque sus conocimientos sean como los de un jumento y sus vicios como los de Neron.

—El mundo verá las cosas de ese modo; pero yo he aprendido á mirar de distinto modo que el mundo, y por lo tanto no quiero contraer un matrimonio en que siendo único móvil el interés, las consecuencias deben ser muy funestas para los contrayentes.

—Qué tonta eres! Creerás tú que todos los matrimonios de alto rango son hechos por amor. La mayor parte son formados por el cálculo, y sin embargo sus autores no sienten esas consecuencias funestas que tanto te asustan.

—No, pero viven como dos personas extrañas, viéndose únicamente en las horas de comer y en las de tertulia; reservándose mutuamente las afecciones de su corazon; privados de conocer los placeres que proporciona el amor, y dando lugar con su retraida conducta á que la maledicencia se ensañe en ellos, como en el tierno corderillo se ceba el hambriento lobo.

—La sociedad se ha acostumbrado á mirar todo eso con indiferencia. Además ya te he dicho que solamente te casarás con uno que te iguale en nacimiento y fortuna, y excusas por lo tanto hacer mas reflexiones sobre el particular. Procura agradar al conde de R. ó á alguno otro de los que concurren á casa, y déjate de esos amores platónicos que te atraerian el desprecio de todas las personas bien nacidas.

Levantose del asiento este verdugo de uno de los ángeles que Dios ha colocado sobre la tierra para desempeñar la grande mision de hacer la felicidad del hombre. Al pasar por delante de su hija para colocarse al lado derecho, se llevó esta el pañuelo á los ojos y enjugó una lágrima que rodaba por sus mejillas. Un mozo como de veinticinco años, de gallarda presencia y melancólico rostro, pasó al mismo tiempo rozando su ropa con el vestido de la joven. Una mirada de fuego, en la que se veia pintada la lucha del amor y la desesperacion, fué la contestacion que el feliz y desgraciado amante recibió de aquella que por su amor despreciaba los títulos y las riquezas.

Confundido por todo lo que habia escuchado, me retiré á mi casa reflexionando acerca de las *Saludables máximas que en el siglo ilustrado inculcan las madres en el ánimo de sus hijos*.

PABLO ORTIGA REY.

AL ANOCHECER.

¿Por qué, pensamiento mio, recoges en este momento tu vuelo, como si te espantara la inmensidad que se desarrolla delante de tí?... El tímido arroyuelo corre cercano resbalando por entre las piedras y los arbustos: detrás de él se estiende la campiña, medio velada por las sombras que avanzan desde el Oriente: allá una casita blanca va perdiendo insensiblemente sus formas, y parece estarse acostando en un lecho de vapores: acullá un pueblecito envuelto por la neblina de los campos, asemeja á un monton de nubecillas asentadas sobre la llanura: del otro lado se destaca en el azul del cielo, el estremo de una torre cuya base ya no se percibe; y mas lejos, en fin, una ancha y oscura faja ciñe el horizonte, cuyo confuso límite no puede ser determinado por la vista. La luna á su vez, penetrando en el recinto de las flores, empieza á trazar débilmente dibujos caprichosos en el suelo: cruza ligerísimo los aires un errante meteoro: aquí y allá algunas estrellas se asoman tímidamente en el ancho espacio; y la luz del astro vespertino juega con las nubes de gasa que duermen en el Occidente... ¿Por qué pues, pensamiento, desfalleces ante la belleza y armonia del universo? Esta hora es la hora de la meditacion y de tu libertad: nadie interrumpe el silencio, nada inquieta la calma de la naturaleza. Allá hay un horizonte don-

de acaba la noche que pesa sobre estos campos, y detrás de ese horizonte hay otra naturaleza, otra luz y otra vida. Salva esa ancha faja que nos circunda de tinieblas y de tristeza, y corre en pos del sol á gozar de la vida que él derrama. ¡Insensato! ¿Que es lo que digo? Allí encontraria otro horizonte, y despues otro y otro; y en cambio dejaria tras de mí una noche continua. Así desatentados y locos ansiamos acelerar la vida gozando de ella, sin conocer que los años que detrás dejamos son otros tantos horizontes que va cubriendo la noche lúgubre del pasado.

Deja pues, pensamiento, de arrastrarte sobre la superficie de la tierra, y alzáte atrevido en la inmensidad de los cielos. ¿Qué es este globo habitado por nosotros? Orgulloso y soberbio el hombre ha pretendido sobreponerse á cuanto existe, y se ha figurado que esa magnífica bóveda tachonada de brillantes está destinada para su servicio. Remóntate en ella y ve á arrancar el secreto á tantas maravillas suspendidas sobre mi cabeza. ¡Oh qué bello debe ser contemplar esa escena imponente del universo! Millones de mundos rodando por el espacio con movimientos precisos y marcados, y en torno de inmensos soles siempre brillantes y siempre hermosos. Corre, pensamiento, salta de mundo en mundo, y llega en rapidísimo vuelo hasta el horizonte del gran vacío: tiende desde allí tu mirada, y abrazando en conjunto la creacion entera, rasga el velo del misterio con que se oculta la causa de la existencia. Pero, ¡gran Dios!... ¡detente, pensamiento!... Necio de mí que anatematizo el orgullo humano, y me dejo arrastrar de ese mismo orgullo para penetrar lo que me está vedado conocer. Mi pensamiento es el hombre; soberbia y orgullo con que quiere ocultar su pequeñez y su miseria.

En vano, pensamiento, buscarías el fin de esa oscura bóveda que se estiende sobre la campiña. El sol esparce su luz por todas partes; pero la luz, debilitándose á medida que se aleja del astro brillante, se pierde al fin en la inmensidad del vacío; solamente algunos rayos van á chocar contra los pequenísimos cuerpos que giran en él: así tú, pensamiento, corriendo por el espacio, te debilitarias sucesivamente hasta reducirte á la nada, sin que alcanzaras el fin de tu camino: lo infinito es una mole inmensa que gravita y ahoga al pensamiento del hombre.

¿Que soy pues si mi pensamiento, que constituye mi perfectibilidad, no alcanza á comprender nada de cuanto existe? Ay! que ni aun puedo determinar lo que soy. Por eso conozco que debo ser muy poco en el órden de la creacion. Efecto de una causa desconocida, he nacido para vivir; pero en vano pretenderia analizar esa causa agena á mí mismo, porque ella habita el templo de lo infinito, cuyas pesadas puertas no podria abrir la humanidad entera.

¿Y por qué, cuando no conozco mi existencia, he querido trazar una línea divisoria entre mí y las demás criaturas? ¿Es acaso menos perfecto que yo el vil gusano? ¿Cómo puedo conocerlo? Pero si el gusano no fuera perfecto, la creacion seria tambien imperfecta, el Criador no seria el sabio. La diferencia entre las criaturas solamente es apreciable para las mismas criaturas, y la perfeccion de cada una es relativa á sus cualidades: para el hombre el gusano es imperfecto, para el gusano lo es igualmente el hombre, porque nuestra inteligencia le es enteramente desconocida.

Pero ¿que significa esa diferencia ante la grandeza divina? No nos envanezcamos: ante Dios es tan bueno y tan perfecto el gusano como el hombre. Dios no puede querer á unos seres mas que á otros, porque Dios no tiene pasiones: de él son todas las obras, y por consiguiente todas tienen que ser buenas, todas perfectas y todas iguales ante sus ojos.

¿Y que seré, que habré sido antes de existir? Las tinieblas me cercan ya por todos lados, y ellas oprimen mi corazon con el peso de su silencio. Sin embargo, nada veo, nada palpo en mi rededor que cause esta lúgubre oscuridad; porque las tinieblas son una cosa negativa: viene la noche cuando desaparece el día. Tal la luz vivificante de la existencia se desvanece entre débiles suspiros para dar lugar al silencio y oscuridad de la nada. Despues del día de la vida, vendrá la noche eterna de la muerte: la muerte no es mas que la destruccion de la vida. Pero ¿acaso habré sido criado para un tan breve período como el que atravieso desde la cuna á la tumba? No; porque antes he sido; la causa de mí, es anterior á mi existencia actual, y vivo desde que vive esa causa...

Basta, pensamiento, contempla y admira, pero no investigates. Esos rayos de plateada luz que envia hasta mí la luna, son un efecto de otra causa, que á su vez no es mas que un efecto. Si hemos podido conocer cómo llega hasta nosotros la luz de los astros, nunca conoceremos por qué la luz es luz. Si levanto los ojos hácia esa azulada bóveda engañosa, no encuentro sino un secreto inconcebible en que la imaginacion se pierde: si los tiendo en torno mio, veo una muchedumbre de seres diferentes que se mueven, crecen, viven, ó que están en perpetuo reposo; pero cuya causa no puedo comprender: si me encierro en mí mismo, hallo en los revueltos giros de mi pensamiento un arcano misterioso que nunca me será posible descifrar.

Bien haces pues, pensamiento mio, en recoger tu vuelo y humillarte ante las maravillas de la creacion.

P. A. CARDAÑO.

UNA AVENTURA NADA EXTRAORDINARIA.

(Conclusion.)

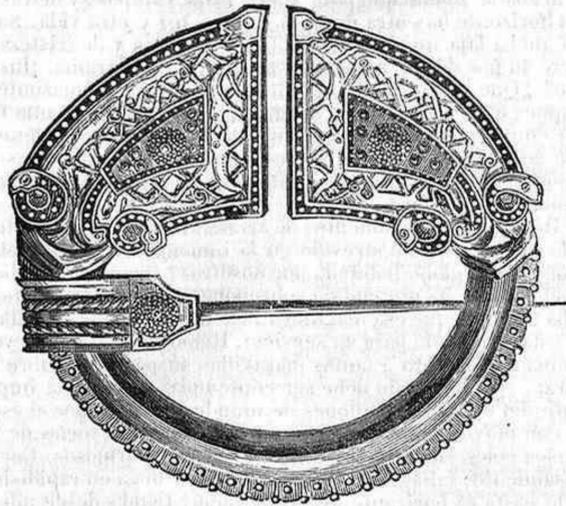
D. Valentin pegó un brinco sobre su asiento; en seguida dijo con un acento que quiso ser tranquilo, pero que en realidad era sumamente agitado:

—¿Cáscaras con los niños! Desde 28 de diciembre, y ya mañana es primer día de carnestolendas! Cerca de dos meses!... ¡Uf!... amores son esos que empiezan á inspirarme serios temores.

Entonces Doña Beatriz saliendo por ensalmo de los límites de la timidez, en donde se habia encerrado para apaciguar las iras de su señor, exclamó con la voz del entusiasmo:

—Pues yo puedo asegurar á V. que nada tiene que echar en cara á la señora. Sus amores han sido puros, honestos...

—Basta, la interrumpió D. Valentin; circunscríbese V. á contestar á lo que yo le pregunte.



Broche antiguo.

—No entiendo lo que quiere V. decir, contestó la vieja sin atreverse á levantar los ojos de la tierra.

—Quiero que me explique V. todo cuanto ha pasado; quiero que me diga la hora y el sitio en que acostumbran á verse los dos enamorados; y quiero en fin que V. haga algo para ganar la media onza que le he prometido.

Entonces Doña Beatriz, al verse tan estrechada, abrió su piquito de oro, y cantó de plano todo lo que sabia.

—Bien sabe Dios, dijo con acento místico, que yo soy incapaz de faltar á la confianza que en mí ha depositado siempre la señora Doña Matilde. Pero el temor, la necesidad que tengo de obedecer á V. como el dueño absoluto que es de esta casa, me obligan ahora á descubrir secretos...

—Basta, señora, basta, gritó impaciente D. Valentin, ahorre V. palabras, y al grano, al grano.

Sofocada la vieja con las bruscas interrupciones de D. Valentin, prosiguió con una vehemencia extraordinaria.

—Voy á repetir á V. las mismas palabras que me ha dirigido la señora hace algunos momentos cuando he venido acompañándola despues que se separó de D. Paquito. Oye, Beatriz, me ha dicho, hemos quedado convenidos en vernos mañana á la noche en el baile de máscaras del teatro Real. Para que no me reconozcan los amigos de mi marido, yo llevaré puesto un dominó negro con una cinta encarnada en el hombro izquierdo, para que pueda D. Paquito distinguirme al instante, y aproximarse á hablarme sin ningun temor. Ahora bien, Beatriz mia, en tí sola confío; espero que me proporcionarás los medios necesarios para poder salir de casa sin que ninguno nos sienta. Tú puedes acompañarme, poniéndote de acuerdo con el criado para que nos deje entrar en casa antes de que mi marido se levante.

—Bien, muy bien, así me gusta; exclamó D. Valentin despues que la vieja concluyó de hablar. No necesito saber mas. Tome V. la media onza, que tan bien ha ganado, y cuente siempre con mi agradecimiento. Puede V. retirarse.

—Oiga V., añadió al ver á la vieja que se retiraba mas que á paso, creo inútil encargar á V. que nada diga á la señora.

Así que D. Valentin quedó solo, se sumergió en su sillón, y ocultando la frente entre las manos permaneció inmóvil, sin duda reflexionando profundamente, por espacio de cinco minutos.

Luego se levantó murmurando:

—Pues, señor, no hay otro remedio. Me disfrazaré de muger, no olvidaré ni el dominó negro ni la cintita encarnada en el hombro izquierdo. Mi muger en tanto que yo me divierto, permanecerá encerrada en su habitacion, cuya llave yo tendré buen cuidado de llevarme en el bolsillo. Perderé una noche de sueño, pero en cambio me distraeré tan perfectamente con el señor D. Paquito, que siempre recordaré con placer el primer baile de máscaras del año de gracia de 1832.

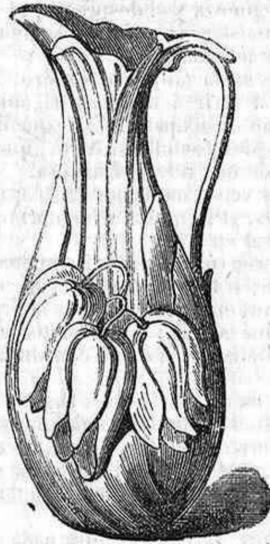
III.

Magnífico estaba el salon de máscaras del teatro Real en la noche del 22 de febrero. Las personas que allí se encontraban respiraban con avidez una atmósfera de encanto, deleitando sus sentidos con aquella agradable confusion de luces y de colores, de aromas y de armonías. Agitada por el frenesí del amor, por el vértigo del placer ó por el delirio de la borrachera, aquella inmensa muchedumbre se agitaba como si fuera un solo cuerpo, corría, gritaba, se lanzaba anhelante en el torbellino del baile, y volvía á empezar de nuevo sin interrupcion, sin descanso alguno, siempre riendo y siempre arrastrada por la enajenacion de la fiebre y por el deseo de apurar la última gota de la copa del placer.

En medio del salon, y descollando entre todos los elegantes por el esmero y buen gusto en el adorno de su persona, estaba el señor D. Paquito, hablando con mucho énfasis con una máscara, cuyo dominó negro llevaba por único adorno en el lado izquierdo, un lazo primorosamente formado con cinta encarnada. D. Valentin estaba disfrazado con suma perfeccion; habia ajustado á sus piernas unas delicadas botitas de muger, y fingia con tan buen arte todos los remilgados movimientos de su esposa,

Detenida la vieja brusca- mente en lo mas brillante de su discurso, se contentó con lanzar un ruidoso suspiro; y como para dar mas fuerza á sus exclamaciones se hubiese adelantado algunos pasos, así que oyó la voz de D. Valentin volvió á retroceder paulatinamente hasta quedarse clavada en el mismo sitio donde la vimos al principio de esta conferencia, es decir, exactamente en el centro de la habitacion.

—Dígame V., le volvió á preguntar D. Valentin ya mas calmado, ¿tiene mi muger pendiente alguna cita con el señor Don Paquito?



Jarrillo.

que D. Paquito no pudo abrigar la mas ligera sospecha acerca de que pudiera ser engañado.

—¡Qué locura, querida mia, qué locura! decía el tierno galan, procurando abarcar con su mano el ajustado talle de D. Valentin; haberte venido sola...

—No habia otro remedio, le contestaba el bueno del marido con el acento mas melifluo que le fué posible fingir; no habia otro remedio, porque Beatriz tenia que quedarse en casa para abrirme la puerta á mi regreso.

—Ay! exclamó de pronto D. Paquito ¿no te entusiasmas esa música estridente? ¡Qué vals tan magnífico! Para unos corazones tan sensibles y apasionados como los nuestros, los ecos vibrantes de esas melodías son precisamente el alimento mas nutritivo, el pasto mas sustancioso.

D. Valentin no pudo menos de admirarse del magnífico talento del amante de su muger.

—Sí, prosiguió él con mas entusiasmo; Dios al crear la música recordó sir duda que existian en el mundo algunos seres de un alma inteligente y tierna; para esos seres, diria Dios, para esos seres que desprecian los goces mundanos con que los demás hombres se engrienen, formaré yo un encanto divino, un trasunto de mi gloria, para que tambien ellos gocen. Y entonces la música apareció sobre la haz de la tierra.

D. Valentin al oír estas cosas se persignó repetidas veces. Luego fijó sus miradas en el semblante del jóven, y al ver aquella fisonomía noble y delicada, animada por una sonrisa de entusiasmo artístico; al ver la espresion de aquellos ojos brillantes de amor y de alegría; al encontrarle en fin tan bello en todo su conjunto, y al observar despues la profunda tontería de que estaba poseido el tal D. Paquito, no pudo menos de sonreírse y de recordar estos célebres versos del fabulista español:

Tu cabeza es hermosa,
pero sin seso.
Como este hay muchos,
que aunque parecen hombres
solo son bustos.

El jovencito calmó su arrebato, y volviéndose á su amada le dijo con blando acento:

—¿Pero no quieres que valsemos? Estamos perdiendo una ocasion magnífica. El baile está brillantísimo.

—Ay, no, no! gritó D. Valentin haciendo mil dengues; no acostumbro á bailar, estoy segura de marearme á la primera vuelta.

—Lo que tú quieras, bien mio, pero ya que aquí no hacemos nada, vamos á sentarnos: así podremos hablar con mas desahogo.

Y los dos pasaron á sentarse á un extremo del salon.

—Te ruego, querida Matilde, dijo D. Paquito, que te descubras el semblante aunque solo sea por un momento. Déjame admirar esas lindas facciones donde la pureza ha estampado su frente y el amor su huella, á fin de que pueda yo embriagarme con el placer de una respetuosa contemplacion.

Estremeciose D. Valentin al oír la petición de su amante. Descubrirse, presentar su rostro bigotudo á las atónitas miradas de D. Paquito, era destruir completamente el plan que con tanta detencion habia formado. Así es que se propuso mantenerse firme en su propósito de permanecer enmascarado, aunque para ello tuviese que valerse de violentos recursos.

—¡Ay, no me quieres, Paquito, no me quieres! exclamó con dolor, ¿cómo te atreves á rogarme que me descubra, cuando he encontrado en el salon varios amigos de mi marido?

—Pero si no es mas que un momento, nadie podrá verte...

—Si persistes en esa idea, me retiro para no volver á verte jamás.

D. Paquito, intimidado con aquella amenaza, solo se atrevió á refunfuñar:

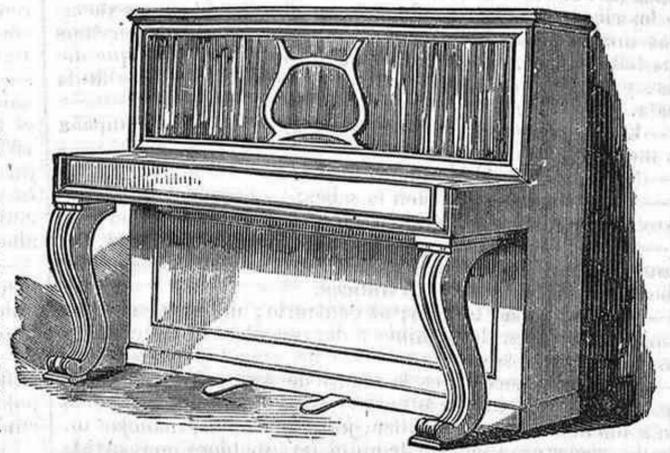
—Matilde, tu conducta es esta noche bien extraña. No quieres concederme ningun favor, ni aun siquiera me hablas con tu voz natural.

—Es que pueden conocerme por el acento; si no fuese por estos inconvenientes, ya sabes que jamás he podido negarte nada.

Con estas últimas palabras, sin duda querria D. Valentin conocer el estado á que habian llegado sus amores; porque las pronunció con una ternura exquisita!

—Ingrata! respondió el jóven, siempre has sido conmigo desdeñosa: concédeme siquiera ahora la única gracia que en todo el tiempo de nuestros amores he podido conseguir de tí. Déjame que estampe un ósculo en tu perfumada mano.

D. Valentin loco de alegría al ver que la pasion de su muger no habia traspasado los límites de lo justo, sacó con mucho cuidado



Piano para el pueblo.



Biblioteca esculpida.

su mano derecha cubierta con un fino guante, y se la entregó al joven, procurando en todo lo posible ocultar el brazo.

—Gracias, querida, gracias, repetía el joven besando con delirio la finísima piel del guante. Ahora conozco que me amas...

—Basta, basta, le interrumpió D. Valentin volviendo á esconder su mano; no llamemos la atencion.

—¿Y es posible, continuó D. Paquito, que ese monstruo de fealdad, esa alma antipática, ese caribe de D. Valentin, esté en posesion de un ángel como tú?

—Y qué quieres? le respondió D. Valentin sonriendo á pesar suyo; la desgracia me ha perseguido incesantemente.

—Ay, infeliz de la que nace hermosa! declamó con énfasis D. Paquito; la hermosura es inseparable de la infelicidad, así como el talento es inseparable de las almas sensibles.

—Si quieres, dijo D. Valentin, que estemos con mas comodidad, y sin que yo tenga que recatarme, podemos ir á mi casa.

—A tu casa! exclamó admirado D. Paquito; allí correremos mil peligros.

—No, todo lo he previsto. Beatriz está avisada, y á una señal mia nos abrirá la puerta. Luego nos introduciremos en mi cuarto, que está en un extremo de la casa, y en donde podremos hablar sin temor de que nadie nos sorprenda.

—Vamos pues, repuso D. Paquito levantándose apresuradamente, pues le halagaba sobremanera la idea de encontrarse á solas con su amada.

—Antes has de hacerme un juramento, le dijo D. Valentin con voz tierna y deteniéndole por el brazo.

—Cuál?

—Que has de salir de mi casa á la hora que yo te mande. Ya ves tú que no tendria gracia ninguna que mi marido se levantara, y nos encontrara juntos.

—¿A qué hora acostumbra á levantarse tu marido?

—A las ocho y media ó las nueve.

—Muy bien, dijo D. Paquito; te empeño mi palabra de honor de marcharme de tu casa á las siete en punto de la mañana.

—Entonces vamos, dijo D. Valentin echando á andar y apoyándose negligentemente en el brazo del joven.

D. Paquito se detuvo algunos momentos para examinar el reloj. En seguida dijo para sí:

—Las tres y nueve minutos: hasta las siete tengo tiempo suficiente... ¿Qué muger se atreve á resistir cuatro horas seguidas de amorosos requiebros?

Y los dos estrechamente cogidos, atravesaron por en medio del salon.

Próximos ya á la puerta que conducia fuera del teatro Real, D. Paquito se detuvo repentinamente para decir con estremada galanteria:

—Antes de que nos vayamos, ¿no quieres tomar alguna cosa? Creo que el ambigü está deliciosamente surtido.

D. Valentin tuvo tentaciones de hacerle pagar cara la broma; pero reflexionando despues, y no queriendo retardar por mas tiempo el desenlace estupendo de aquella aventura:

—No, nada quiero, le contestó, solo deseo salir pronto de aquí, donde tan comprometida me encuentro.

—Como quieras, repuso D. Paquito, que sin duda no llevaba muy repletos sus bolsillos; como quieras, ya sabes que yo me someto en todo á tu voluntad.

Y las dos parejas lanzáronse apresuradamente fuera de aquel vasto edificio, tardando poco en desaparecer por el laberinto de calles de la plazuela de Oriente.

IV.

Abrumado de fastidio por la necesidad en que estaba de sostener con su lindo acompañante una amorosa conversacion, llegó D. Valentin á la puerta de su casa, á la que dió algunos ligeros golpes, tardando poco en aparecer Doña Beatriz, que franqueó con el mayor sigilo la entrada á los dos protagonistas de esta interesante cuanto verídica historia.

D. Valentin condujo á su galan á la misma habitacion donde tuvo efecto el dia anterior aquella escena borrascosa entre él y la interesante Doña Beatriz.

—Caballero, dijo el marido con su voz natural, y despues de cerrar por dentro la puerta del cuarto, doy á V. gracias por la distraccion que me ha proporcionado esta noche.

Y al decir estas palabras, se echó abajo con la mayor naturalidad el capuchon que le cubria la cabeza.

—Dios santo! exclamó D. Paquito en el colmo de la admiracion, y pasando su rostro sucesivamente del color encarnado al blanco, y de este al amarillo: ¿es posible lo que veo? Es...

El pobre joven no pudo continuar hablando por mas tiempo. Su garganta no producía mas que sonidos roncicos de imposible comprension para el hombre mas inteligente en materia de lenguas.

—Y tan posible, caballero, continuó D. Valentin acabando de desmenuarse de su traje de máscara con la mayor sangre fria; en estos tiempos todo está permitido, hasta el burlarse de un hombre tan digno y tan respetable como V.

Bien podia D. Valentin haberse estado hablando hasta el dia del juicio, sin temor de que le interrumpieran, pues el señor D. Paquito, arrimado contra la pared, permanecia mudo é inmóvil, pensando sin duda en el medio mejor y mas pronto de volver en sí del aturdimiento terrible de que estaba poseído.

Mientras tanto D. Valentin, que ya habia vuelto á quedarse en su traje natural, sacó del cajon de una mesa una pequeña pistola que se puso á examinar con mucho sosiego.

Aquí fué ella. D. Paquito al ver relucir el cañon de aquella arma mortífera, sintió una terrible reaccion, que le hizo volver comple-



La reina Margarita.

tamente en su acuerdo, impidiéndole que quedase petrificado. ¡Manera estraña de morir, y de la que quizá se hubiera avergonzado en el otro mundo, por ser una muerte de que no hacen mencion los anales del romanticismo!

—¡Piedad, señor! murmuró cayendo de rodillas, piedad! D. Valentin, sin mirarle siquiera, paseaba de un extremo á otro de la habitacion, acompañado de la tremenda pistola.

De repente se dirigió á la puerta, y abriéndola precipitadamente, llamó á Doña Beatriz, la cual no tardó en aparecer con semblante compungido.

—Diga V. á la señora que me haga el obsequio de venir. Y diciendo estas palabras entregó á la vieja una pequeña

llave, para que librase á Matilde de la clausura á que habia estado condenada por la voluntad de su esposo.

Así que desapareció la vieja, D. Valentin volvió á continuar sus paseos con el mayor silencio. Por lo que hace á D. Paquito, permanecia de rodillas con las manos cruzadas sobre el pecho: nada habia visto ni oido; los objetos se le presentaban bajo mil formas estravagantes, y solamente aquella tremenda pistola, en la que tenia concentrada las tres facultades de su alma, se le aparecia en toda su espantosa realidad y en todo su horror sanguinario.

—Aquí está la señora, dijo Doña Beatriz presentándose de repente.

—Muy bien, contestó D. Valentin; ya puede V. dejarnos solos. Matilde entró inmediatamente, y su esposo volvió á cerrar con mucho cuidado la puerta de la habitacion.

La encantadora joven, trémula como la hoja en el árbol, tendió en derredor suyo una mirada, y al ver á su amante en una postura tan poco decorosa, y á su marido con una pistola en la mano, comprendió al momento toda la escena que habia ocurrido, y lo terrible de aquella situacion. Además el dominó negro con la cintita encarnada, que estaba sobre la mesa en union de otros adornos mugeriles con que se habia disfrazado D. Valentin, desaparecieron completamente todas las dudas que pudiera haber tenido acerca cuanto habia pasado.

Por lo que hace á D. Paquito, no habia sentido siquiera la entrada de Matilde. Todas sus facultades se hallaban absorbidas en la contemplacion del arma funesta que amenazaba su existencia.

—Perdona que te incomode, dijo D. Valentin á su muger con el tono mas dulce; pero he querido que me concedieras un favor que no admite dilacion ni espera.

Alentada Matilde con el acento cariñoso de su marido, le preguntó:

—Y cuál es?

—Este caballero, continuó D. Valentin señalando á D. Paquito, que todavía no habia dado señales de vida; este caballero me ha jugado esta noche una mala pasada, digna de castigo. Yo, generoso como ninguno, le he dado á escoger entre estos dos estremos: ó sufrir un pistoletazo á seis pasos de distancia, ó dejarse cortar completamente ese cabello magnífico, donde él funda su orgullo de elegante. Como es fácil presumir ha preferido lo segundo. Ahora bien, yo llevando mi bondad hasta la exageracion, he querido que ya que el infeliz sufra el martirio de verse despojado de sus hermosos cabellos, sea la mano de una hermosa la que ejecute tal sentencia. Así tal vez la sufrirá con mas resignacion.

Y así diciendo, sacó D. Valentin de un cajon de la mesa unas largas y relucientes tijeras, capaces de hacer entusiasmar al peluquero mas descontentadizo en esta clase de herramientas.

—Tú serás, prosiguió, la que se digne echar por tierra esa ensortijada cabellera. Aceptas?

—Yo? contestó Matilde con voz débil; ¿y porqué he de meterme en semejantes cosas?

—Nada, respondió D. Valentin; yo no te instaré, querida mia. Ya que te niegas, cumpliré con la primera sentencia.

Y D. Valentin, con una calma imperturbable, contó seis pasos desde el lugar donde permanecia arrodillado D. Paquito. Luego estendió su brazo á la altura del hombro, y apuntó con la pistola al joven héroe de esta aventura.

Dos exclamaciones sonaron entonces á un mismo tiempo; pero tan agudas y dolorosas, que D. Valentin al oirlas se estremeció involuntariamente y dejó caer el brazo, que iba á consumir el sacrificio de la víctima.

Una de las dos exclamaciones fué lanzada por Matilde, que al ver la actitud de su marido, se dirigió hácia él estendiendo los brazos en ademán suplicante. La otra exclamacion desgarradora y vibrante, capaz de conmover el corazon mas endurecido, fué producida por D. Paquito, el cual como habia seguido constantemente con sus miradas al arma fatal, al verla dirigirse contra su pecho, se levantó de un brinco, y exhalando un grito terrible, fué á caer medio desmayado sobre una silla cercana á la mesa.

—Ya lo ves, dijo D. Valentin sonriéndose, apiádate de él. Córtales el pelo y será salvo.

Matilde con un valor heroico se dirigió á la mesa, y cogiendo las tijeras marchó impávida hácia D. Paquito.

—Tú tambien en contra mia! murmuró el pobre joven al verla aproximarse armada del cortante instrumento.

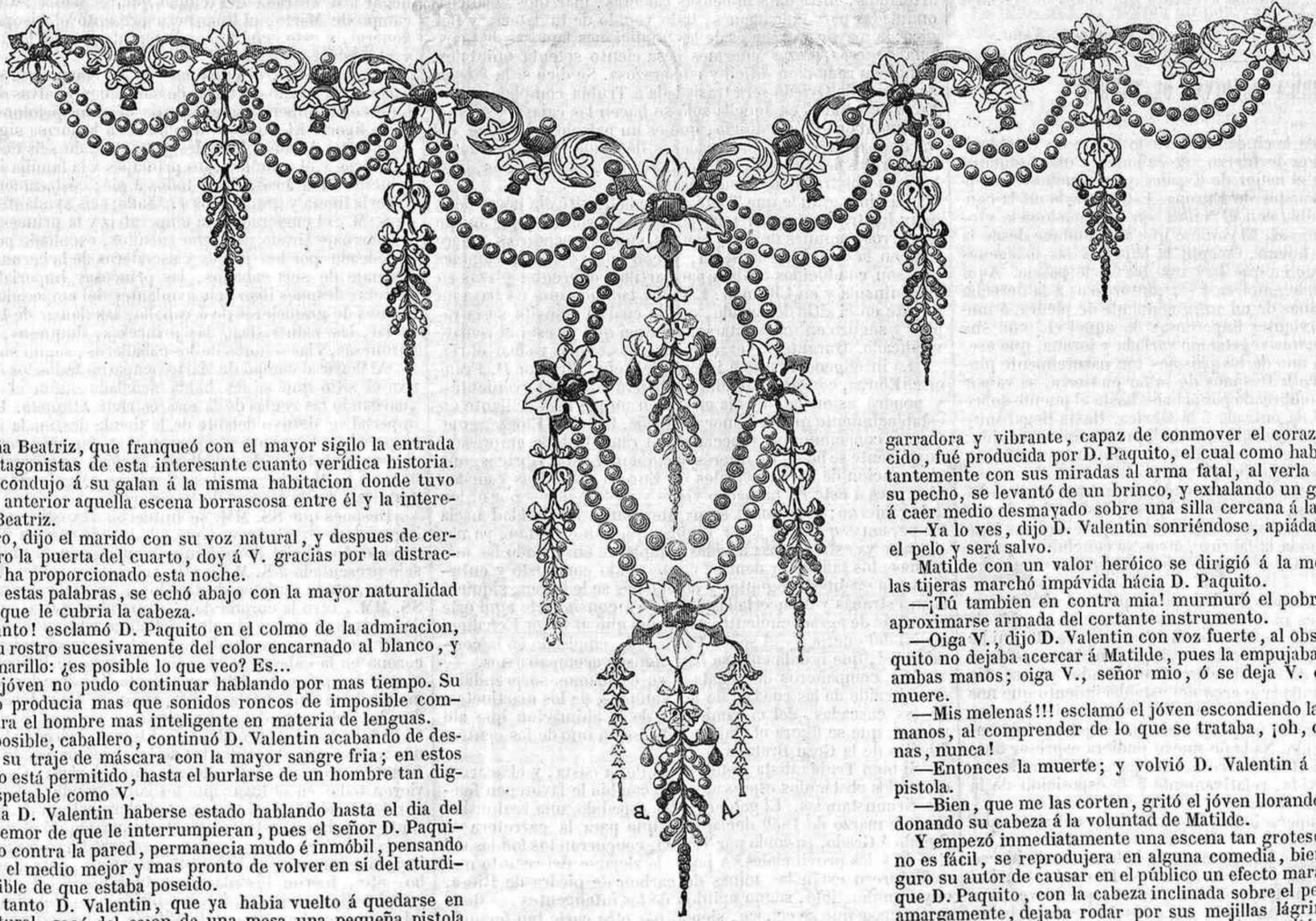
—Oiga V., dijo D. Valentin con voz fuerte, al observar que D. Paquito no dejaba acercarse á Matilde, pues la empujaba hácia atrás con ambas manos; oiga V., señor mio, ó se deja V. cortar el pelo, ó muere.

—Mis melenas!!! exclamó el joven escondiendo la cabeza entre las manos, al comprender de lo que se trataba, ¡oh, cortar mis melenas, nunca!

—Entonces la muerte; y volvió D. Valentin á apuntarle con la pistola.

—Bien, que me las corten, gritó el joven llorando de dolor y abandonando su cabeza á la voluntad de Matilde.

Y empezó inmediatamente una escena tan grotesca, que si, lo que no es fácil, se reprodujera en alguna comedia, bien podia estar seguro su autor de causar en el público un efecto maravilloso. En tanto que D. Paquito, con la cabeza inclinada sobre el pecho y suspirando amargamente, dejaba rodar por sus mejillas lágrimas ardientes de dolor, Matilde, con el semblante contristado y agitándose vivamente, cortaba sin órden y de la manera mas detestable aquellos hermosos rizos, lazo donde tantos corazones sensibles habian quedado presos.



Adorno de pecho.

D. Valentin los miraba de lejos, y una sonrisa sarcástica se dibujaba en su semblante.

Por fin concluyó la terrible operacion. Los rizados cabellos de D. Paquito yacian abatidos por el suelo, mientras que su cabeza, desprovista de su mejor adorno, se bajaba tristemente, tan lisa y desnuda como la de un recluta.

Matilde dejó las inexorables tijeras sobre la mesa, y sin decir una sola palabra se retiró á un extremo de la habitacion, mientras que D. Paquito levantando sus ojos humedecidos los fijaba en D. Valentin con una expresion desgarradora.

—Estoy satisfecho, dijo al fin el marido abriendo la puerta y llamando al criado.

—Pepe, le dijo, acompaña al señor hasta la calle.

D. Paquito pegó un salto de alegría considerándose en libertad.

—Oiga V., continuó D. Valentin dirigiéndose al joven: V. no quería marcharse de mi casa hasta las siete, y yo le hago el favor de dejarle ir mucho mas pronto. Vaya V. en paz, y medite bien sobre las últimas palabras que voy á dirigirle.

D. Valentin se aproximó al joven, y le dijo en secreto y con aire amenazador:

—Si ahora me he contentado con cortarle á V. el pelo, yo le ofrezco, como vuelva á las andadas, no contentarme con arrancarle las orejas.

D. Paquito hizo una horrorosa mueca, y de un salto se lanzó fuera de la habitacion. El criado desapareció detrás de él.

—Vuelvete, amada mia, á tu cuarto, dijo D. Valentin á su muger, y perdona que te haya incomodado.

Matilde salió de la estancia trémula y avergonzada.

—Muy bien, dijo el marido así que se vió solo, todo me ha salido como queria. No riñendo á mi muger, no la exaspero, y la obligo á mostrarse agradecida por mi generosidad para con ella. Por lo que hace á D. Paquito no es fácil que vuelva á sus galanteos. Lo primero por el miedo que le inspiro, y lo segundo porque he sabido ponerlo tan perfectamente en ridiculo, que Matilde le desdeñará de aquí en adelante. ¡Oh, si! Una muger no puedo seguir amando al hombre que ha visto abrumado bajo el peso del ridiculo.

Doña Beatriz apareció de repente.

—Señor, dijo con voz dulce, ¿se le ofrece á V. alguna cosa? ¿Puedo ya acostarme?

—Sí señora; pero le advierto que este es el último dia que pasa V. en mi casa.

—Cómo! exclamó ella aturrida.

—Sí señora, prosiguió D. Valentin con voz severa; yo no puedo tener en mi casa á una muger que despues de ser cómplice de mi deshonor, vendió villanamente la confianza de su señora por ocho duros.

Doña Beatriz se retiró apresuradamente.

V.

Qué tal? dije yo á mi amigo D. Valentin el dia despues de esta aventura encontrándolo paseando por el Prado y mirando con mucha detencion todas las máscaras; qué tal? fué V. anoche al teatro Real?

—Sí señor, contestó él, y por cierto que me divertí muchísimo: me estuve entreteniéndome en desplumar un pollo.

—A ver, cuénteme V. lo que le sucedió.

Entonces D. Valentin se cogió de mi brazo, y me contó, queridísimo lector, la misma aventura que acaba de referirte tu humilde servidor.

VICENTE RODRIGUEZ VÁRO.

FÁBRICA NACIONAL DE TRUBIA.

A dos leguas de la ciudad de Oviedo existe un establecimiento de fundicion de hierro, de cañones y otros objetos, que en su linea es el mejor de España, y en muchos conceptos es de los adelantados de Europa. Está situado en la confluencia del rio Trubia con el Nalon, en una hondonada circuida de altas montañas. El camino que allí conduce desde la capital es bastante bueno, excepto la bajada á las márgenes del Nalon por el sitio en que hay una barca de pasaje. Aquí sin embargo es donde empieza á ser pintoresco: á la derecha se presentan las ruinas de un antiguo puente de piedra, á uno y otro lado las corrientes impetuosas de aquel rio con sus orillas adornadas de una vegetacion variada y lozana, que asemeja aquel punto á uno de los paisajes tan naturalmente pintados por Walter Scott. Despues de saltar en tierra, se va por un hermoso paseo sombreado por árboles hasta el puente sobre el Trubia, y el cual da entrada á la fábrica. Hasta llegar muy cerca de ella, nada se percibe que indique su aproximacion; mas de repente aparece un conjunto de diferentes edificios, de calles, de huertos y jardines, una poblacion en fin con su plaza, su iglesia castrense, su mercado, su cuartel, su posada, su escuela; artesanos, militares, viajeros, industrias de varias clases, obras de nueva construccion esparcidas por todo el recinto que circunda la fábrica, otros ya concluidos que se van extendiendo por fuera del cercado: la sorpresa es agradable y satisfactoria.

Haré desde luego una salvedad: yo no pretendo hacer una descripcion científica ni artística de este inmenso pueblo de operarios. No tengo la instruccion facultativa para ello, ni he tenido tiempo suficiente; y sobre todo, segun hemos oido al señor director, uno de los oficiales allí empleados piensa dar á luz una reseña detallada acerca del establecimiento que nos ocupa. Yo diré lo que hemos observado, como quien ve una cosa por la vez primera, ú oye nombrar un objeto quizás enteramente desconocido. Nada de nuevo pudiera espresar tampoco despues de la Memoria redactada por el ilustrado escritor, el señor Cavida, relativamente á la esposicion de la industria española en 1850.

El motor de las operaciones de la fábrica es el agua, que es conducida por una acequia, de una fuerza motriz de 200 caballos. Da movimiento á una gran rueda hidráulica, de hierro y de muy buena forma, y á otros aparatos. Llama la atencion la máquina de dos cilindros con doble efecto que sirve para comunicar viento, substituyendo así á los fuelles que habia anteriormente. Lo mas notable y grandioso es el taller de tallar y torrear los cañones, de unas dimensiones colosales; tiene la cubricion y la armazon de hierro fundido, consistien-

do esta en unas barras delgadas puestas de modo que hacen una vista muy bella; la fachada principal ofrece una serie de grandes huecos adornados de cristales hasta una altura considerable, que figuran una espaciosa galería, que trasmite á la parte interior tanta luz como si no estuviese cubierta. Es muy curiosa la operacion de hacer el barreno á los cañones; siendo de notar en este departamento una grua que por encima de aquellos y á bastante distancia recorre todo aquel salon, por medio de carriles de hierro colocados paralelamente á las paredes laterales. Comparados con este taller, nada valen el de coches de Recoletos en Madrid, el de wagones de la estacion del ferro-carril de Guijon. Segun nos han dicho, no se encuentra ninguno como él en el extranjero: solo en Viena estan construyendo uno por el estilo en los nuevos arsenales.

Otra de las máquinas de importancia es la grande grua de hierro que levanta quinientos quintales: se usa para suspender en el aire los cañones cuando se les quita del molde. Hay además otras muchas gruas mas pequeñas que se emplean en diferentes oficios.

Admiracion nos ha causado al oír que en uno de los almacenes habia cuarenta mil quintales de cok para ir alimentando los hornos. Estos son varios: dos altos hornos para la fusion y beneficio de los minerales: seis de reverbero para la fundicion de cañones. Hay tambien dos cubilotes y tres fraguas para fundir piezas de maquinaria, y otros útiles de hierro colado: otros dos cubilotes para fundir municiones: seis fraguas para el forjado de hierro: un horno continuo de cal, el primero que se ha conocido en el país.

Trubia abarca diversidad de fábricas é industrias: allí no solamente se hacen cañones de artillería, sino tambien de fusil, bayonetas, municiones huecas y sólidas, limas de todas especies y figuras. Hay molino de preparar arenas para las fundiciones, y fabricacion de ladrillos refractarios, que pueden ponerse al lado de los de Stonebridje. Se van á plantear oficinas para el forjado necesario á la marina y al ejército; para construir máquinas de vapor, locomotoras y rails.

En el departamento de los bustos de varios personajes de la época, merecen una atencion detenida los de S. M. el Rey y del duque de Valencia, ambos de grande uniforme, por el trabajo minucioso y delicado que ostentan. Increible parece que se pueda estampar en el bronce con tanta precision y exactitud, con tanto mérito artístico, los canelones de las charreteras, los entorchados, los rebordes, las placas, las bandas, y además la similitud y la expresion de la fisonomía. Allí se encuentran otros muchos bustos: de Jovellanos, Mazarredo, Pidal, Mon: en este último resalta al momento una semejanza completa. Estos y otros productos ocuparon un lugar en la esposicion de la industria española en Madrid en 1850.

La biblioteca, con estantes cerrados con cristales, comprende libros y tratados análogos al objeto del establecimiento, de física, mecánica, explotacion, preparaciones y aplicaciones de minerales; sobre caminos de hierro, arte tormentaria, etc., etc. Hay un pequeño gabinete de lectura, y laboratorio químico.

En la seccion del grabado hemos visto magníficas piedras litográficas, y la prensa estaba casualmente tirando ejemplares del plano de toda la fábrica.

Con motivo de los proyectos y reformas que van á llevarse á cabo, han desembarcado en el muelle de Gijon enseres y artefactos, entre ellos inmensas calderas, martillos, planchas onduladas para cubriciones, todo venido de Inglaterra y Bélgica: la mayor porcion es de las fundiciones famosas de Leija. Una de esas piezas enormes pesa ciento setenta quintales, siendo su remocion difícil y embarazosa. Se dice si la fábrica de fusiles de Oviedo será trasladada á Trubia completamente. En la actualidad en aquella solo se hacen las cajas, las llaves y el montaje: en el edificio, que es un palacio del duque del Parque, no hay sino los secaderos de maderas, parecidos á los retretes de ventilacion de los lazaretos, y las oficinas, pues los armeros trabajan en sus casas.

Lástima grande que Trubia no se halle situada cerca de la mar; los trasportes son muy pesados é incómodos por medio de carros comunes del país con las yuntas necesarias, sobre todo en la subida de la barca, y con motivo de los cañones que son conducidos á Gijon para artillar diferentes plazas en la Península y en Ultramar. Lástima tambien que no haya un puente en el sitio designado, con lo cual el tránsito seria rápido y seguro en todas estaciones: creo que ya está el remate verificado. Durante el verano suelen los carros vadear el rio.

La inteligencia, celo é interés del señor director D. Francisco Elorza, coronel de artillería, obviará estos inconvenientes, y pondrá asimismo de dia en dia en un pié mas brillante un establecimiento que da honor á España. El señor Elorza reúne á unos conocimientos especiales del ramo y de la empresa á cuyo frente se halla, un interés decidido por estas fábricas, una observacion de las principales de Europa, idénticas y análogas, pues á este fin ha hecho viajes y exploraciones por orden del gobierno; y además, suma atencion y amabilidad hacia las personas que van á ver Trubia, que nunca faltan, ya nacionales ya extranjeros; á todos complace, enseñando las máquinas, los talleres y demás, contestando con gusto y entusiasmo á cuantas preguntas y objeciones se le hacen, siquiera sean estrañas y desacertadas. Justo es consignarle aquí este recuerdo de agradecimiento, lo mismo que al señor Echalmé, oficial del cuerpo, y al señor Vaamonde, empleado en la contabilidad, que igualmente se han dignado acompañarnos.

Mis compañeros de viajata y yo estábamos sorprendidos con el ruido de las ruedas, de los yunques, de los martinetes, de las cascadas, del movimiento, de la animacion que allí reinan, que se figura el viajero hallarse en uno de los centros fabriles de la Gran Bretaña.

Si bien Trubia dista siete leguas de la costa, y el acarreo ofrece los obstáculos espesados, en cambio le favorecen felices circunstancias. El gobierno ha espedido una real orden en 4 de marzo de 1850 declarando que para la carretera de Oviedo á Grado, pasando por Trubia, concurrán los fondos del Estado y los provinciales. A poco de alejarse del recinto manufacturero están las minas de carbon de piedra de Riosa, cuyo combustible, segun opinion de los inteligentes, es de la mejor clase que se conoce, siendo por otra parte tan fecundo este criadero, que despues de bastar á estas fábricas, sobraría aun para proveer á toda la industria nacional. Aunque mas desviada, se halla próxima la arcilla de Bureda, con la que

hacen los ladrillos refractarios para los revestimientos interiores de los altos hornos y los de reverbero.

El dia que hemos pasado en Trubia no hubo fundicion de cañones: solo hemos visto fundir municion hueca; mecanismo que no puede presenciarse de cerca por quien no tenga costumbre, á causa del calor irresistible que despiden aquellos hornos, que lanzan fuego, aquel líquido ardiente y abrasador, aquellos hondos cazos ó cucharones que lo distribuyen en la molteria para convertirlo en bombas de metralla.

Quien haya atravesado el puerto formidable de Pajares, con su abismo espantoso y su elevada cordillera de montañas; quien haya corrido las revueltas del Padrun, tan caprichosas y poco divertidas para los que van en carruaje, por mas que se complazcan en ver de lejos unas cuantas vias aparentemente paralelas; quien haya visto descollar sobre la ciudad de Pelayo y Alfonso, la elegante y esbelta torre de su catedral; no debe olvidarse de dar un paseo por la ribera del Nalon, y descender hasta oír el estruendo de la maquinaria, y penetrar en aquellas moradas que contrastan con el silencio y la soledad que las rodean; si es que el estampido del cañon de prueba no hiere sus oidos, semejante á una tempestad, en lontananza ya, desde el campo de San Francisco. Y por último, si el curioso observador se ve precisado por su desgracia á tomar baños en las caldas de Priorio, lo cual le da el derecho de pagar veinte reales diarios en primera mesa, comiendo pollos tísicos, durmiendo en una cama por el estilo de las descritas por el inmortal Cervantes, viviendo por aditamento en una cañada, donde la temperatura se acerca á la de nuestra coronada villa en el mes de agosto, disfrutando por consiguiente de un baño continuo; entonces tiene buena proporcion para ir á Trubia con frecuencia, puesto que una legua separa los dos puntos, y podrá examinar despacio los pormenores de su establecimiento que figura entre los mas célebres de su indole, interin que el género humano tenga humor y paciencia para discurrir y efectuar el modo mejor de matarnos unos á otros con mas ventaja, en mayor número y en menos tiempo.

Gijon 17 de mayo de 1852.

ANTOLIN ESPERON.

CORONACION DE SOULOQUE.

Un diario americano, el *Weekly Herald*, da los siguientes detalles de la ceremonia de la coronacion del emperador de Haití.

«El 10 de abril, al ponerse el sol, se dió en los fuertes un saludo real de ciento un cañonazos, y se iluminó toda la ciudad. A las tres de la mañana del dia siguiente, las tropas que habian sido llamadas de todas las partes del imperio se reunieron en el campo de Marte. A las cuatro los miembros del cuerpo legislativo se reunieron en el lugar donde celebran sus sesiones, y los cuerpos administrativos y judiciales en el palacio de Justicia. A las cuatro y media, escoltados por destacamentos de caballería é infantería, se dirigieron al campo de Marte, donde fueron recibidos por el gran maestro de ceremonias, y conducidos á los puestos que les estaban señalados. A las cinco, el vicario general y el gran limosnero, rodeados del clero, se encaminaron procesionalmente al sitio de la ceremonia, escoltados por cazadores de caballería. Al llegar á la entrada del templo que se habia levantado en el campo de Marte, el limosnero presentó el hisopo al vicario general, y este echó la bendicion al clero, á la magistratura y al pueblo.

A las nueve, el emperador y la emperatriz salieron del palacio, en medio del toque de campanas y salvas de artillería. La escolta imperial se componia de ocho pelotones de caballería ligera. El cortejo marchaba en la forma siguiente: los caballeros, barones, condes y duques, de seis en fondo; los ministros y el canciller, los príncipes y la familia imperial; el príncipe Juan José, solo, todos á pié; destacamentos de caballería ligera y granaderos á caballo; seis ayudantes de campo de S. M., el emperador, la emperatriz y la princesa Oliva, en un carruaje tirado por ocho caballos, escoltado por oficiales y rodeado por los jueces y escuderos de la corona; en otro carruaje de seis caballos, las princesas imperiales Celia y Oliveta; despues iban seis ayudantes del emperador, dos pelotones de granaderos de á caballo, las damas de la corte imperial, las camaristas, las princesas, duquesas, condesas, baronesas, y las señoras de los caballeros, segun su categoría.

Al llegar al campo de Marte ocuparon todos los de la comitiva el sitio que se les habia señalado segun el programa, guardando las reglas de la mas estricta etiqueta. El carruaje imperial se detuvo delante de la tienda destinada á recibir al emperador: los pajes se apearon y se formaron en dos filas; el gran maestro de la caballería abrió la portezuela, y dió la mano á S. M., observándose el mismo ceremonial con la emperatriz y las princesas de la sangre.

Despues que SS. MM. se hubieron revestido con el traje imperial, se trasladaron á pié á la iglesia con un séquito numeroso. Un oficial llevaba una bandeja con el anillo que ha sido presentado á S. M. por la emperatriz, antes de la coronacion, otros azafates destinados á recoger los mantos de SS. MM., otro la corona de la emperatriz sobre un almohadon, otros el globo, el collar del emperador, etc. El emperador marchaba en medio de todo este acompañamiento con su corona en la cabeza, y el cetro y varita de la justicia en la mano: las princesas Oliva y Oliveta llevaban las puntas del manto de la emperatriz, y los príncipes Juan José y Alejandro, las del manto del emperador.

A la entrada de SS. MM. en el templo fueron saludados por una nueva salva de artillería: se les dió agua bendita y fueron á sentarse en un palio llevado por el clero. Cuando estuvieron todos en el lugar que les correspondia, el vicario general entonó el *Veni Creator*; el clero estuvo de rodillas durante la primera estrofa. A este himno siguió el de *Deus qui corda fidelium*, etc., y entonces se arrodillaron SS. MM. Las insignias imperiales, la corona, la espada, cetro, anillo, globo, etc., fueron llevadas respetuosamente al altar por los grandes dignatarios, y despues dirigiéndose el vicario general al emperador, dijo el *Proferitis ne carissime in Christo fili*, etc., y S. M. con las manos puestas sobre los Evangelios contestó *profiteor*. En seguida se dijo la oracion *Omnipotens sempiterna Deus*, y despues las letanias, arrodillándose todo

el clero y sentándose SS. MM. Despues del versículo *Ut omnibus fidelibus defunctis*, el vicario general se levantó, y volviéndose á SS. MM., que se habian arrodillado entonces, recitó los tres versículos *Ut hunc famulum tuum*, etc.

Los sacerdotes se acercaron entonces á SS. MM. saludándoles respetuosamente, y los condujeron al altar para recibir la unción santa. Esta ceremonia se hizo con todas las fórmulas acostumbradas. El emperador y la emperatriz han recibido la unción en la cabeza y en las manos, y durante esta ceremonia cantaban los coros: *Unxerunt Salomonem*, etc. terminada la ceremonia, SS. MM. volvieron á ocupar el trono, y se dijo una misa, procediendo despues á la bendición de las insignias imperiales. SS. MM. se dirigieron entonces al altar acompañados por los sacerdotes oficientes. El gran mariscal del palacio y el gran chambelán los siguieron y se colocaron detrás del emperador, y detrás de la emperatriz se pusieron las camaristas. Entonces se le entregaron solemnemente á S. M. todas las insignias por el orden siguiente: 1.º el anillo, 2.º la espada, 3.º el manto, que se le puso el gran chambelán y el gran maestro de la caballería, 4.º el globo imperial, 5.º la varita de la justicia, 6.º el cetro. Al recibir estas dos últimas insignias se arrodilló el emperador é hizo oración. Despues se dieron á la emperatriz el anillo y el manto, que le fué puesto por las camaristas. Durante estas ceremonias la orquesta acompañaba á los cantores, que entonaban cantos adecuados á cada una de ellas, como por el anillo: *Accipite hos annulos*, etc.

El emperador entregó la varita de la justicia al canciller, y el cetro al gran mariscal de palacio; despues subió al altar, tomó la corona y se la puso, colocando la otra en la cabeza de la emperatriz, que estaba arrodillada delante de él. Mientras tanto se cantaba la oración, *Coronat vos Deus, corona gloriae*: despues de lo cual volvieron SS. MM. á ocupar el trono. El vicario general, seguido del clero, se aproximó á ellos, abrazó al emperador, y volviéndose á la concurrencia, dijo: *Vivat imperator in eternum*, siendo contestados por los asistentes con entusiastas vivas. Estas aclamaciones fueron seguidas de otras ceremonias y oraciones, y despues el gran limosnero, acompañado del clero, se aproximó al trono y dió á besar los Evangelios á SS. MM. En el ofertorio el maestro de ceremonias les hizo un profundo saludo, como para invitarlos á que hiciesen alguna ofrenda, que se hizo con grandes ceremonias.

SS. MM. bajaron del trono, y seguidos de toda la comitiva se aproximaron al altar. Dos damas llevaban unos cirios que estaban incrustadas varias monedas de oro, y otras dos llevaban, una un pan de oro, y otra uno de plata. SS. MM. se arrodillaron, y tomando la ofrenda la pusieron en manos del vicario general, volviéndose al trono. Se cantó una misa que oyeron de rodillas SS. MM.

Despues de la misa el duque de la Banda del Norte, ministro del Interior, llamó á los barones, presidentes del senado, de la cámara de los representantes, y del tribunal de casación, y los presentó al Emperador, y se colocaron á su alrededor para verles prestar el juramento constitucional. Sentado el emperador, con la mano puesta sobre los Evangelios pronunció el juramento de la manera siguiente: «Juro mantener la integridad é independencia del imperio.» El rey de armas gritó entonces: «El muy glorioso y augusto emperador Faustino I, emperador de Haití, está entronizado y coronado: viva el emperador! Aclamaciones vivas y prolongadas respondieron de todos los ángulos de la iglesia, y fueron también contestadas por una salva de 101 cañonazos.

Luego avanzó el clero hasta el trono, bajaron SS. MM. y se dirigieron á palacio en la misma forma que habian venido.

Todas las ceremonias duraron once horas. A la puesta del sol otros 101 cañonazos anunciaron la conclusion de la gran fiesta.

Cantos populares de Dinamarca.

El rey Cristian está en pié cerca del mástil elevado en el humo y el tumulto. Su espada hiere con tal fuerza que abre el cráneo y el casco del Goth. Las armas y los buques enemigos caen entre el humo y el tumulto. «Huyamos! esclaman, huyamos mientras nos sea posible. ¿Quién podría resistir á Cristian de Dinamarca en el combate?»

Niels-Juel (1) ve el tumulto de la batalla. Ha llegado la hora; desplega el pabellón rojo, y ataca furibundamente á sus enemigos. Entonces gritan en el tumulto de la batalla: «Ya llegó la hora. Huyamos, busquemos un refugio en que ocultarnos! ¿Quién podría resistir á Juel de Dinamarca en el combate?»

Oh mar del Norte! el rayo de Vessel ha roto tu velo sombrío. Entonces los guerreros se han precipitado en tu seno, porque el terror y la muerte le acompañaban. Desde lejos se oyó el ruido que atravesaba tu velo sombrío. Llega de Dinamarca Tordeuskiold como el rayo. Que se abandone cada uno á la clemencia del cielo y huya.

Tú que guías á la gloria y al poder, camino de Dinamarca, mar pesada y sombría, recibe á tu amigo que va sin temor, que desprecia los peligros, que está furioso como tú en el ruido de la tormenta, mar pesada y sombría. En el tumulto de los vientos, de la batalla y de la victoria, llévame á mi tumba.

EL CABALISTA.

Desde el fatal día en que se convinieron los hombres en medir por onzas su felicidad, se despertó en ellos la *sagrada hambre del oro*, y se pusieron en práctica mil medios, ó imposibles ó vedados, para satisfacerla. Esta hambre es la que atizaba los hornillos de los alquimistas, cuando se consideraba como un problema profundo lo que hoy puede considerarse como un desatino; ella misma hace que un hombre, sentado sobre unas pocas tablas mal unidas, atraviese la inmensidad de los mares, esponiéndose al peligro de ser, como Jonás, tragado por un cetáceo; ella es la que presta á los naipes tan irresistible atractivo, haciendo que se arruinen tantos ilusos que sin embargo de que se confiesan desgraciados, tienen la inconsecuencia de esponerse á los azares de la suerte; ella es, finalmente, la que llena de ladrones las poblaciones y los caminos, de infortunados las cárceles y de cadáveres los patibulos.

(1) Almirante dinamarqués, que así como Tordeuskiold, cuyo nombre figura en la estrofa siguiente, consiguió algunas victorias navales muy brillantes y de suma importancia.

Existe sin embargo un ser que tranquila y sosegadamente quiere hacerse rico, sin conspirar contra el bolsillo del prójimo, ni emprender peligrosos viajes que deterioren su salud y abrevien su vida. Sentado en su humilde hogar y rodeado de su familia, es como pretende mejorar su escasa fortuna. No ha menester tampoco grandes aparatos ni costosas recetas para sus ensayos, pues bástale para esto un mal tintero de cuerno, donde entra con frecuencia el agua ó vinagre á templar la rigidez de los algodones; una mal cortada pluma, reducida á la menor longitud posible; y algunos papeles, que á pesar de la mugre que los oscurece, ofrecen los preciosos datos que han de servir de base á los cálculos de la codicia. Ya por lo que llevo dicho se habrá venido en conocimiento de que estoy hablando del *cabalista*.

Seria un error grosero, del cual estoy casi seguro que no participará ninguno de mis lectores, confundir al verdadero *cabalista* con esa turba de aficionados que juega á Dios y á la ventura, sin tener en cuenta los acontecimientos pasados para descifrar por ellos los que se ocultan en el porvenir. Estos jugadores de aluvion carecen de ciencia, y se dirigen de un modo puramente empírico. Ya se les ve mendigar un terno á alguno de aquellos jugadores de mayor reputación; ya echan mano de alguna lotería casera, y por medio de una extracción provisional, sacan los números que han de jugar en la extracción inmediata; ora se les ve apuntar tales ó cuales números, que una mano cualquiera trazó con carbon en la pared. En toda la conducta de estos jugadores se ve pintada la incertidumbre de que adolecen sus espíritus: son puros autómatas que se mueven por ageno impulso, sin ninguna deliberación.

Todo lo contrario á esto puede decirse del verdadero *cabalista*: sus jugadas son todas producto y quinta esencia de las mas detenidas y profundas combinaciones; todo lo mide, todo lo pesa con la mas escrupulosa atención; los números que juega son los que debe jugar, no estan tomados al acaso, sino que son el resultado de los mas laboriosos y bien entendidos cálculos; finalmente, sus jugadas acumulan todas las probabilidades que existen para poder ganar; es casi imposible que salgan otros números; y solo queda al arbitrio de la suerte aquella pequeña parte de eventualidad, que no puede humanamente apreciarse en su justo valor.

Preciso es sin embargo confesar, que no es mas afortunado el cabalista que el simple aficionado; pero con esta notable diferencia: que el cabalista casi siempre está á punto de ganar, y el aficionado por lo comun ni gana ni se pone á punto. El cabalista no llega, pero se aproxima; se conoce á tiro de escopeta que sabe dirigir sus ataques á las arcas del tesoro público; y hay fundados motivos para asegurar que á no ser por esas extravagancias de la fortuna que burlan las mas acertadas combinaciones, él metería las manos hasta los codos en el mas repleto talegon. Pero se dan frecuentemente jugadas tan caprichosas é irregulares, que hacen perder el tino, y desespanan al mas apático jugador. Un extracto repetido; tres ó cuatro números que principian ó acaban por una misma cifra, ó que forman una progresión aritmética, etc., son anomalías que están fuera de los alcances del cabalista, quien al ver semejantes monstruosidades suele sonreirse maliciosamente, y repetir con la mejor gracia del mundo ciertas anécdotas picantes y curiosas, todo con el fin de dejar en el mejor lugar posible los infalibles principios en que se apoyaban sus cálculos.

Otra diferencia notable entre el cabalista y el aficionado, es que este se cansa pronto de dar y no recibir, y se retira á la mejor ocasion. Por el contrario el jugador legítimo es incansable. Conoce que mientras mas pierde, mas crece la probabilidad moral de ganar; cada nueva extracción es para él un precioso dato que le presta nueva luz para dirigir tiros mas certeros en lo sucesivo. Verdad es que cada día se hace mas pobre de dinero; pero en cambio se hace mas rico de experiencia; y este es un poderoso estímulo que no le permite de ningún modo conformarse con dejar en manos ajenas sus perdidos maravedises.

Hasta ahora hemos hablado de los principales caracteres que distinguen al cabalista del simple aficionado ó jugador de capricho. También el cabalista se subdivide en varias especies, segun los principios que sigue en su lucrativa profesion, esto es, segun el sistema de sus *cábalas*.

Ocioso por demás seria empeñarnos en hacer esta clasificación. La *ciencia cabalística*, ó (hablando con la modestia peculiar á sus profesores) *el arte de jugar á la lotería* es susceptible de tantas variaciones en su aplicación, que seria imposible, ó por lo menos muy difuso, llevar á cabo aquel empeño. Diremos algo no obstante.

El gran árbol cabalístico está compuesto de dos ramas principales, comprendiéndose en una de ellas todos aquellos métodos que verificando con los números varias operaciones, solo tienen en cuenta los que han salido otras veces, para deducir los que saldrán. No se crea por esto que en ninguna de estas reglas se haga mérito de los principios del cálculo de las probabilidades, que con tanto empeño y brillantes resultados han cultivado los *geómetras* modernos. Ningun cabalista, que yo sepa, ha tomado en la mano á Huyghens, Wit, Halley, Bernoulli, etc., lo cual no quiere decir que los cabalistas ignoren lo que debían saber para confeccionar con acierto sus jugadas, sino que por el contrario han alcanzado por el camino mas corto lo que aquellos sabios *geómetras* no han podido conseguir con todo el aparato y pesada máquina del cálculo sublime. Bástale á un cabalista saber ejecutar medianamente las cuatro operaciones fundamentales de la aritmética, para poder navegar segura y desembarazadamente por el inmenso mar de las probabilidades.

La otra gran rama del árbol cabalístico comprende ciertos métodos, que sin dejar de hacer uso del cálculo, tienen su principal fundamento en algunos hechos que entran á modificar las combinaciones: tales son algunas observaciones astronómicas que determinan la posición del sol y de la luna para el día en que se ha de verificar la extracción.

Sobresale entre estos métodos, que pudieran llamarse trascendentales, la interpretación de las *cábalas*, esos preciosos datos que algunos estremados jugadores dan periódicamente, embozando en misteriosas frases y del modo mas profundo el verdadero sentido de lo que pudieran decir. Nada mas difícil que acertar por medio de una *cábala* los números que han de salir en una extracción; y sin embargo, nada

mas fácil, despues de aquella, que conocer el verdadero sentido que tenían las ambiguas palabras del *profeta de la fortuna*.

Se oye decir á cada paso que en el mundo no hay virtudes, que en todas partes impera el egoísmo, único norte á que se dirigen todas nuestras acciones... Venid acá, filósofos de carne y hueso, por no decir de cal y canto; venid acá, eternos detractores de la obra mas perfecta de la creación; venid acá, ora seais alemanes, franceses, ingleses, rusos ó polacos; haced un viaje, que bien lo merece el asunto, y vereis dar diez y siete mil reales en cambio de una peseta: ¿cabe mayor filantropía por parte de un gobierno? Venid, y vereis hombres que devanándose los cascos para adivinar lo futuro, venden sus profecías por un precio insignificante, reservando para ellos únicamente este mezquino producto y la gloria de dar á sus hermanos el medio infalible de hacerse ricos: ¿cabe mayor desinterés por parte de un individuo? Y ¿quién sabe si ese mismo humanitario autor tendrá que morir de una pulmonía por no tener siquiera una mala capa que le preserve de las intemperies del invierno? ¿Quién sabe si su dormir será una perpetua trilla, por tener que acostarse en un áspero jergón? Pero dejemos á un lado exclamaciones inútiles, y volvamos á nuestro propósito.

Por *cábala* se entiende todo método que tiene por objeto averiguar los números que mas probablemente podrán salir en una extracción; pero la voz *cábala* se aplica particularmente á una composición enigmática, en la cual se anuncian con la anticipación necesaria los números que deben salir; y los autores de estas composiciones toman por escelencia el nombre de *cabalistas*.

Han sido innumerables las *cábalas* que con diversos nombres han visto la luz pública, como *La salomónica*, *La responsiva*, *La astrológica*, *La luna sevillana*, *El sol*, *Zalamea*, etc. Entre todas han merecido siempre el mejor concepto *Juno vencedor*, y *El zahorí de Salamanca*, que de vez en cuando sale todavía á dar digna ocupación á los aficionados.

Para dar alguna idea (al que no la tenga) de lo que es una *cábala*, y de las dificultades que su interpretación ofrece, vamos á poner una á continuación, la cual ha sido compuesta por un íntimo amigo nuestro, despues de mil laboriosos cálculos, y de haber consultado todas las constelaciones. Héla aquí:

Apretando el 8 el 1,
el 2 ha de andar pegado,
y si el cero queda á un lado,
ó 4, ó 5, ó ninguno.

Misterioso mi amigo, como todos los cabalistas, no ha permitido explicarme si es el 8 el que aprieta al 1, ó si es el 1 el que aprieta al 8. En el primer caso debería jugarse el 84; pues parece natural que el número que aprieta esté antes del apretado: en el segundo caso debería jugarse el 18; y ¿quién sabe si al apretarse estos números mutuamente, quedarán formando uno solo? En este caso claro está que el 9 sería el número que debería jugarse. Por otra parte, ¿cómo ha de pegarse el 2? ¿se ha de pegar al 8, al 1, ó al agregado del 8 y del 1? En el primer caso podrá ser 28 ú 82; en el segundo podrá ser 21 ó 12; y en el tercero solo podrá ser 29... Es volverse loco el querer interpretar una *cábala*; y sin embargo, es indudable que á poder descifrarla, la ganancia era segura.

La dificultad de llegar á penetrar los misteriosos arcanos de estas solemnes profecías, y mas que todo el ver burlados sus mas profundos y sutiles cálculos, hace que el cabalista se penetre alguna vez de que todo el saber humano es pura vanidad, si no va acompañado de aquel afecto puro y sincero que se debe á la fuente de todo verdadero saber. Acuérdate que es cristiano, y resuélvese á hacer un voto; pero hé aquí que al querer poner por la obra su laudable pensamiento, le ocurre una terrible dificultad, y es que no sabe (esto es lo único que ignora en el arte de jugar á la lotería), es que no sabe, digo, á cuál santo ha de elegir para agente de sus buenos propósitos. Sabe que si le dolieran las muelas debería valerse de santa Polonia; que si tuviera malos los ojos, debería encomendarse á Sta. Lucia; sabe que si su muger estuviera de parto, tendría en S. Ramon el mejor apoyo para no quedarse viudo; mas para jugar á la lotería no recuerda, por mas que repasa el calendario de cabo á rabo, que haya un santo que pueda tomarse por patrono. Acuérdate por fin que nadie mejor que las animas benditas pueden interesarse en su negocio, y ofréceles una misa con todo el fervor y ardiente fé de un hombre que espera por medio de su piedad atestar sus bolsillos de pesos duros. Esta es una temporada en que se ve al cabalista enteramente mudado. Oye misa con frecuencia, deposita en el confesionario todos los pecados de bulto que ha podido almacenar en cuatro ó cinco años; pone de vez en cuando un ochavo en el cepillo de las Animas, y finalmente, se conduce en todo como hombre que procura hacerse acreedor á las consideraciones de la Providencia. Suele, es verdad, tomar por las mañanas algunas copitas de aguardiente, pero esto, además de que nada tiene de pecaminoso, lo hace nas bien por desterrar el flato, á que es sumamente propenso, y dar algun vigor á su cuerpo, que desfallecería sin este puntal, abrumado por el peso de esa vida monótona y de ningún movimiento á que se entrega el cabalista con arreglo á sus santas intenciones.

Parece á primera vista que una vez puesto el cabalista en manos de la Providencia, alfojará algun tanto en la penosa tarea de sus profundas investigaciones; pero no sucede así; y ya sea una consecuencia del hábito, ora se atribuya á tibieza de su fé, ó bien sea que se atenga á aquel refran que aconseja que *A Dios rogando y con el mazo dando*, lo cierto es que en esta ocasion, mas que en ninguna otra, apura el jugador todos los recursos de su arte.

Ya se deja entender que no podrá ser muy duradero en el cabalista este género de vida; y en efecto, á las pocas extracciones se desnuda de su afectada devoción, deja á Dios, y dase al diablo; y no es poca fortuna que no se encuentre en nuestros días ese género de hechiceros, corredores entre los hombres y Satanás; pues de otro modo quizá le diera á nuestro desesperado jugador la mala tentación de trocar su felicidad eterna por un talego de pesos duros.

Y no se crea que es solo la vil codicia la que alimenta é irrita en el cabalista el ardiente deseo de una ganancia. Ver-

dad es que bastante contribuye á esto la halagüena perspectiva de un repleto talegon abriendo su ancha boca, y vomitando sobre una espaciosa mesa con argentino y delicioso sonido, pesetas, duros y onzas; pero tambien influye poderosamente el deseo de probar á la faz del mundo que posee el arte de jugar, y que no en vano ha consumido estudiándolo las mejores horas de su vida. Tiene conciencia de su saber, y no puede menos de notar con dolor, que la mayor parte de los hombres están en la errada inteligencia de que todos sus conocimientos cabalísticos son una pura farándula. Tanto le mortifica esta idea, que si le fuera posible fingiría haberle tocado un terno. Pero ¿cómo lo ha de fingir? ¿ha de llenar un talego de guijarros? Si esto (dice el cabalista para sí) fuera cazar codornices, perdices ó conejos, nada sería mas fácil que volver por mi crédito: con una docena de reales se llena una bandolera, y se compra el derecho de parecer cazador, aun cuando por otra parte no pueda dársele á un cerro. Aun si fuera conquistar hermosas, pudiera hacer de modo que se me tuviese en mucho; pues para esto no tendría mas que imitar á esos galanes fingidos, que no reparan en mancillar con mentiras la inocencia para acreditarse de hombres de provecho. ¿Por qué no han de alquilarse bolsas llenas de dinero para los que están interesados en parecer ricos, así como se alquilan muebles de lujo para los que se interesan en parecer opulentos!

Acosado el cabalista de tan amargos pensamientos, que crecen y se hacen mas penosos en el silencio de la noche, va y viene con la imaginacion, recorriendo todas las circunstancias en que por un punto, por una nada, ha dejado de hacer una ganancia loca; quisiera hacer retroceder el tiempo, para que de este modo se jugaran los dados dos veces; pero este deseo de lo imposible, con que á cada paso luchamos todos los hombres, no hace otra cosa que fatigar mas y mas su espíritu; siente que se le parte la cabeza, teme con razon que se le trastorne el juicio, y hace esfuerzos para atar su pensamiento y conciliar el sueño; consíguelo por fin á costa de su pobre lecho, que ha desbaratado casi enteramente á fuerza de volverse y revolverse en él, y ayudado de una mediana dosis de *lo barato*; pero apenas han transcurrido dos horas, se rebela su pensamiento, y exaltada la fantasia, conduce á nuestro jugador al delicioso país de los bienaventurados. En la misma puerta de la lotería está nuestro dormido jugador con su pagaré en la mano, y connotando con desencajados ojos y frenética alegría los números que han salido con los de su jugada, ve, ¡cosa prodigiosa! que todos los ha acertado: prepárase para marchar á su casa á fin de prevenirse de un buen talegon, aprieta el paso para llegar mas pronto; pero vánsele los piés al pisar una cosa blanda, da el mas disforme batacazo, y ¡adios felicidad soñada! Huye y dispáse como el humo, para dejar su lugar correspondiente á la amarga realidad. Despierta el jugador, y convéncese de que es un sueño lo que ha sentido, y ya solo le queda el recurso de aprovecharse de esta inspiracion, pues por tal la juzga. Los números soñados tienen un maravilloso prestigio para los jugadores; y valga la verdad, pocos hombres podrán contarse que puestos en el lugar de nuestro cabalista, no obraran como él; porque hay en todos nosotros un fondo de supersticion que casi siempre prevalece contra los argumentos de la mas sólida razon.

Temiendo nuestro jugador que se vayan de su memoria los soñados números, salta diligente de la cama, y como los niños cuando van por algun mandado, repite sin cesar los números de que cree acordarse. Enciende el agotado candil, y sin perder un momento, por el doble temor de quedarse á oscuras, y de que se le olvide lo que tanto le interesa retener, agarra la pluma para trasladar al papel los misteriosos números; pero ¡oh dolor! ¡oh flaqueza de la mas inconstante de nuestras facultades! Al querer poner por la obra su pensamiento, echa de ver que de nada se acuerda, y que lo único que ha hecho ha sido repetir maquinalmente los noventa números. Parecele sin embargo recordar que uno de los números que soñó principiaba ó acababa en 7, y que otro acababa ó principiaba con 5; el 72, el 17, el 74, el 47, el 73, el 37, el 23, el 52, el 45, el 54... ¿Quién demonios es capaz de averiguar los números que serian? Pierde por fin la esperanza de volver á recordar lo olvidado; y diera un dedo de la mano, no ya porque el sueño fuera realidad, sino por acordarse del sueño. Vuelve á acostarse para ver si aquel se repite, pero en vano; y sin poder volver á pegar sus párpados, le halla el dia formando un nuevo plan de ataque para la extraccion próxima.

Tales son, omitiendo otros muchos, los principales episodios de la vida del cabalista. Siempre en pos de



Salero de plata.

la fortuna, siempre luchando con la miseria; y despues de muchos años de ilusiones y desengaños, llega un dia en que se le oye hacer esta penosa reflexion: *si los dineros que he perdido desde que principié mi carrera cabalística los hubiera puesto en una caja de ahorros, hoy mismo seria rico... pero ya es tarde: es preciso seguir jugando.*

ZACARIAS ACOSTA.

ESPOSICION UNIVERSAL.

Objetos varios.

BROCHE ANTIGUO.

Ya hemos descrito otros del mismo género en nuestros anteriores números. Todavía no han llegado á igualar los modernos artistas á los antiguos, en cuanto al lujo de sus adornos: puede asegurarse que mas hemos adelantado respecto á telas que en alhajas de valor. Un platero de Dublin ha tenido la feliz idea de popularizar, reproduciéndolos, los mas hermosos modelos de broches de los museos de la Gran Bretaña. A esta clase pertenece el del grabado que hoy ofrecemos.

JARRILLO.

En nuestros dos números anteriores hemos hablado de estos objetos, y de la tierra llamada *septaria*, de que se componen. Su uso se ha generalizado mucho, y su duracion es mayor que la de la porcelana de China, á la cual imita perfectamente.

BIBLIOTECA ESCULPIDA.

En esta obra de ebanistería inglesa encontramos los mismos defectos de concepcion que muchas veces hemos notado



Argonauta y amazonas.

ya en trabajos del mismo género. Así pues, aunque está bien ejecutada en sus detalles, las cariátides que sostienen la parte inferior de esta biblioteca son demasiado macizas, y quitan al mueble toda su gracia y ligereza, así como los adornos superiores lo sobrecargan demasiado sin embellecerlo. Los pormenores tienen mucho de la ebanistería austriaca: el conjunto es completamente inglés.

PIANO PARA EL PUEBLO.

Hace año y medio que uno de los redactores del *Chamber's Edimburg Journal* decia que el estudio de la música debe elevar los sentimientos del pueblo, enlazándolo simpáticamente con las clases mas elevadas de la sociedad.

Collard adoptó este pensamiento, y desde entonces procuró construir pianos cuyos precios estuviesen al alcance de la clase baja. La resolución del problema consiste en emplear para las cajas madera mas barata que las generalmente usadas. Esta madera es el pino de Noruega, de una blancura notable y muy vistoso despues de pulido y barnizado. M. Collard ha conseguido fabricar pianos baratísimos: los mejores de esta clase solo cuestan treinta guineas.

LA REINA MARGARITA: MODELO DE JOHN BELLT.

Esta estatua honra sobremanera á la escultura inglesa por su sencillez y naturalidad grandiosa. Se puede criticar en ella la confusion en que envuelven los pliegues del traje las piernas de la reina, y con mayor motivo, cuando la figura del niño, adherida en parte á la de la madre, da al grupo mas base que la necesaria.

Como observa muy bien un escultor distinguido, toda figura representada y á la cual acompaña otra mas pequeña, debe considerarse como de cuatro piés, y es preciso luchar contra esta dificultad enlazando con muchísimo esmero la vista del espectador.

Las dos cabezas son hermosas y expresivas y las manos aparecen perfectísimamente enlazadas. Todos cuantos han visto este grupo, han admirado el acierto con que su autor ha sabido combinar lineamientos, renunciando á los adornos, que hubieran dado indudablemente mayor brillo á su obra.



ADORNO DE PECHO.

M. Lemonnier, célebre diamantista de Paris ha ejecutado este preciosísimo adorno para S. M. la Reina Doña Isabel II.

Se compone de brillantes y de zafiros. Todo el pecho se encuentra rodeado por esta cadena de oro, plata y piedras preciosas: los florones que de ella se desprenden son riquísimos, y en sus centros brillan magníficas piedras de gran precio.

La alhaja de M. Lemonnier ha obtenido en Londres los mayores elogios, por su gran mérito artístico y por el buen gusto y valor de los brillantes que en ella ha empleado el artista.

SALERO DE PLATA.

Esta preciosa alhaja, de Smith y Nicholson, forma parte de un magnífico servicio de mesa que todos los inteligentes han admirado por su esquisito trabajo y delicadeza.

ESCULTURAS EN MADERA.

Los dos objetos que hoy presentamos en grabado no tienen significacion propia: revelan únicamente los adelantos que ha hecho la escultura en madera en los obradores de M. Rogers, uno de los mas hábiles artistas de Londres. Uno de dichos objetos representa un grupo de pesca y el segundo otro de caza. Son una especie de molduras para adornos de grandes muebles de salon.

ARGONAUTA Y AMAZONAS.

El asunto de este grupo está, como se ve, tomado de la fábula: atengámonos pues al mérito de la ejecucion. Esta tiene cualidades muy recomendables, que honran al artista, M. Engel. Los pormenores concuerdan admirablemente entresí, y la base es muy ingeniosa. La amazona que ha vencido se apoya sobre el cuerpo que está á sus piés, pero sin martirizarlo; es la fatiga, el cansancio despues de la victoria. El cuerpo de la amazona herida, y que descansa sobre su compañera, revela mucha gracia en las formas: hay armonía en el conjunto y gran talento en la concepcion.

Al asegurar que este grupo era de los mas notables de la Exposicion, no hacemos mas que repetir las palabras de cuantos lo han examinado.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometreza, 26.